

MÁRTIRES Y PERSEGUIDORES

Historia general de las persecuciones
(siglos I-X)

Alfonso Ropero, Th.M., Ph.D.



editorial clie

Clie

Colección Historia

EDITORIAL CLIE
C/ Ferrocarril, 8
08232 VILADECALLS
(Barcelona) ESPAÑA
E-mail: libros@clie.es
<http://www.clie.es>



© 2010 Editorial CLIE

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org <<http://www.cedro.org>>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra».

Alfonso Roperó, Th.M., Ph.D.

MÁRTIRES Y PERSEGUIDORES. Historia General de las persecuciones (siglos I-X)

ISBN: 978-84-8267-570-1

Clasifíquese: 0295 - Historia General de la Iglesia Cristiana

CTC: 01-03-0295-12

Referencia: 224683

Impreso en Colombia / Printed in Colombia

ÍNDICE GENERAL

Introducción	13
PARTE I. CAUSAS Y TEOLOGÍA DEL MARTIRIO	19
1. Una fe bajo el signo de la cruz	21
1. Sangre y semilla	24
2. Testimonio y martirio	25
3. Mártires y confesores	27
4. Coronas y palmas	29
5. Jesús, testigo y ejemplo de la verdad	31
6. Martirio aceptado, no buscado	33
7. Razones del perseguidor	36
7.1. <i>Religión y política</i>	38
7.2. <i>Moral pública y privada</i>	40
7.3. <i>Amenaza mesiánica</i>	41
8. Milenaristas y entusiastas	43
9. Literatura martirial: historia y leyenda	43
Bibliografía	46
2. Mártires antes del cristianismo	47
1. De Abel a los profetas	47
2. Hasidim y macabeos	49
Bibliografía	52
3. Confrontación con el judaísmo	52
1. Jesús signo de contradicción	53
2. Esteban y los helenistas	54
3. Santiago hijo de Zebedeo	58
4. Santiago, el hermano del Señor	59
5. Los judeocristianos	59
5.1. <i>Los ebionitas</i>	63
6. Hostilidad y persecución	64
Bibliografía	67
4. Persecuciones romanas y sus causas	67
1. Hostilidad popular	68
2. Contradicciones del aparato legislativo	71

3.	Intereses particulares.....	76
4.	Base jurídica.....	77
5.	Por causa del nombre.....	78
6.	<i>La Pax Deorum</i>	80
7.	Dioses y demonios.....	86
8.	Número de mártires.....	90
	Bibliografía.....	94
5.	Ofensiva de los intelectuales paganos.....	95
1.	Caridad y filantropía frente a la calumnia.....	96
2.	Rechazo del Dios judeocristiano.....	98
3.	El ataque de Celso.....	98
4.	La respuesta cristiana: los apologistas.....	100
	Bibliografía.....	102
6.	Martirio y herejía.....	103
1.	Docetismo y rechazo del martirio.....	103
2.	Exaltación del martirio.....	105
3.	Fuga de la persecución.....	106
	Bibliografía.....	109
7.	Apóstatas y renegados.....	109
1.	Penitencia y disciplina.....	110
2.	Cátaros y cismáticos.....	114
	Bibliografía.....	116
8.	Arresto y juicio.....	116
1.	La vida en la cárcel.....	117
2.	El proceso y el interrogatorio.....	121
3.	La sentencia.....	122
4.	Improcedencia legal de la tortura.....	122
5.	Victoria y alegría de los mártires.....	125
	Bibliografía.....	126
9.	Ostracismo social y penas.....	126
1.	Confiscación de los bienes.....	127
2.	Degradación cívica y militar.....	129
3.	Destierro.....	131
4.	Deportación.....	132
5.	Canteras y minas.....	132
6.	La pena capital.....	135
	6.1. <i>Muerte por espada</i>	135
	6.2. <i>Muerte por fuego</i>	136
	6.3. <i>Muerte de cruz</i>	138
	6.4. <i>Muerte por fieras</i>	140

7.	De los sacrificios humanos al juego circense	142
	Bibliografía	144
10.	Las mujeres ante el martirio	144
1.	Perpetua de Cartago	146
2.	Felicidad y Leonilla	149
3.	Ágape, Irene y Quione	150
4.	Justa y Rufina	150
5.	Violación y suicidio.....	152
	Bibliografía	154
11.	La razón de los mártires	155
1.	Fidelidad y perseverancia.....	155
2.	Combate contra el mal.....	156
3.	Pruebas y castigo eterno.....	156
4.	La presencia de Dios en los mártires	158
5.	La contagiosa fe de los mártires	160
	Bibliografía	161
12.	Catacumbas y cementerios	161
1.	Paganos y cristianos ante la vida de ultratumba.....	163
2.	<i>Fossores</i> y guardianes del recuerdo.....	165
	Bibliografía	168
13.	Honores y culto a los mártires	168
1.	La batalla por las reliquias.....	169
2.	Apoteosis de los mártires	172
3.	El problema del culto a los mártires	173
	Bibliografía	176
PARTE II. LOS APÓSTOLES Y SU OBRA.....		177
1.	Discípulos y apóstoles	179
	Bibliografía	183
2.	Simón Pedro.....	183
	Bibliografía	191
3.	Andrés, el primer llamado	191
	Bibliografía	195
4.	Santiago el Mayor, hijo de Zebedeo	196
1.	Santiago en España.....	199
	Bibliografía	200
5.	Juan, el primero y el último	201
	Bibliografía	204

6. Felipe de Betsaida	204
Bibliografía	207
7. Bartolomé-Natanael, un verdadero israelita	207
Bibliografía	209
8. Mateo el publicano	210
Bibliografía	212
9. Tomás o Judas el gemelo	212
Bibliografía	216
10. Santiago el Menor y el hermano del Señor	217
Bibliografía	221
11. Simón el zelota	222
Bibliografía	223
12. Judas Tadeo	223
Bibliografía	225
13. Matías, sucesor de Judas	225
Bibliografía	226

PARTE III. EMPERADORES Y MÁRTIRES..... 227

1. En el principio, el incendio de Roma	229
1. Número y clasificación de las persecuciones.....	229
2. Los perseguidores y su destino	230
3. Roma y los Césares	232
4. Nerón: el gran giro	232
4.1. <i>El Estado y el número de la bestia</i>	235
4.2. <i>Superstición nueva y maléfica</i>	236
5. Vida y muerte de Pablo	238
6. Séneca y San Pablo	244
Bibliografía	245
2. Algunos emperadores buenos	246
1. Los Flavios: Domiciano.....	246
2. Los emperadores buenos: Nerva y Trajano.....	248
2.1. <i>Martirio de Ignacio de Antioquía</i>	249
2.2. <i>Martirio de Simeón, pariente del Señor y obispo</i>	250
3. Publio Elio Adriano.....	250
4. Antonino Pío	252
4.1. <i>Martirio de Policarpo</i>	252
Bibliografía	255

3. Marco Aurelio el filósofo	255
1. Martirio del filósofo Justino y sus alumnos	256
2. Los mártires de Lyon y Vienne.....	260
2.1. <i>Vetio</i>	261
2.2. <i>Santos, Maturio y Blandina</i>	262
2.3. <i>Biblidia</i>	263
2.4. <i>El obispo Potino</i>	264
2.5. <i>Confesores y apóstatas</i>	264
2.6. <i>Martirio de Maturio y Santos</i>	264
2.7. <i>Constancia de Blandina y Atalo</i>	265
2.8. <i>Arrepentimiento de los apóstatas</i>	265
2.9. <i>Martirio de Alejandro y Atalo</i>	266
2.10. <i>Martirio de Póntico y Blandina</i>	266
2.11. <i>Ensañamiento con los cadáveres</i>	267
2.12. <i>Mártires y confesores</i>	268
Bibliografía	268
4. Cómodo el gladiador	269
1. Los mártires escilitanos del África proconsular	270
2. Apolonio, senador y mártir	272
Bibliografía	273
5. La relativa calma de los Severo	273
1. Lucio Septimio Severo	273
1.1. <i>Los mártires de Egipto</i>	275
2. Caracalla	276
3. Heliogábalo, el hijo del Dios Sol	277
4. Alejandro Severo y el culto al buen Jesús.....	277
5. Maximino el Tracio.....	278
6. Felipe el Árabe, ¿emperador cristiano?.....	279
Bibliografía	280
6. Decio y la uniformidad religiosa del Imperio	280
1. Martirio de Fabián	283
2. Los mártires de Alejandría.....	284
Bibliografía	287
7. Valeriano y las finanzas del Imperio	287
1. Sixto de Roma y el diácono Lorenzo.....	290
2. Vida y muerte de Cipriano de Cartago.....	291
3. Fructuoso de Tarragona	295
Bibliografía	296
8. La Gran Persecución	297
1. Ofensiva anticristiana de Diocleciano	298

2.	Edicto de Tolerancia de Galerio.....	303
3.	La familia del emperador.....	304
4.	Los mártires de Tiro y la contención de las fieras	305
5.	Los mártires de Tebaida.....	306
6.	Los mártires de Tmuis y Alejandría	307
7.	Los mártires de Asia Menor	308
8.	Los mártires españoles.....	310
9.	Destrucción de las Escrituras	314
	Bibliografía	315
9.	Los mártires de Palestina.....	316
1.	Procopio, Alfeo, Zaqueo.....	317
2.	Martirio de Romano	318
3.	Timoteo, Agapio, Tecla y otros ocho mártires	319
4.	Apfiano, abogado y mártir.....	320
5.	Ulpiano y Edesio el filósofo.....	322
6.	Agapio y los juegos circenses.....	322
7.	Teodosia, Domnino y Ausencio	323
8.	Confesores y martirio de Valentina y Pablo.....	325
9.	Antonino, Zebina, Germano y otros mártires	326
10.	Pedro el monje, Asclepio el marcionita y otros mártires.....	328
11.	Pánfilo y sus doce compañeros	328
12.	Los dirigentes de las Iglesias	332
13.	Silvano, Juan y otros treinta y nueve mártires condenados a las minas... 333	
	Bibliografía	335
10.	Fracaso del paganismo.....	335
1.	Maximino Daya y el proselitismo pagano.....	335
2.	Retractación de Maximino Daya	339
3.	Mártires Catalina y Pedro de Alejandría	341
	3.1. <i>Catalina</i>	341
	3.2. <i>Pedro de Alejandría</i>	343
	Bibliografía	344
11.	Libertad ambivalente	345
1.	Vuelta al hogar.....	345
2.	El cambio de actitud de Licinio.....	346
3.	Los mártires de Sebaste	347
	3.1. <i>El testamento</i>	349
	Bibliografía	351
	PARTE IV. LA REVOLUCIÓN CONSTANTINIANA.....	353
1.	La paz de Constantino.....	355
1.	De Britania a Bizancio	356

2. El signo del crismón.....	357
3. El triunfo de Constantino	358
4. La conversión de Constantino.....	362
5. Legislación religiosa.....	369
6. Reformas sociales	374
7. Simbiosis de la Iglesia y el Estado.....	377
8. La donación de Constantino.....	379
Bibliografía	382
2. La edad de oro y barro	383
1. La herejía y la imposible libertad religiosa	384
2. Donato y la “Iglesia de los mártires”.....	386
3. La crisis arriana	391
4. Mártires y ascetas.....	392
Bibliografía	396
3. La herencia de Constantino	397
1. Constantino II.....	398
2. Constante	399
3. Constancio y la legislación antipagana.....	399
4. Represión del paganismo.....	402
4.1. <i>La muerte de Hipatia</i>	405
4.2. <i>El furor de Schnoudi</i>	408
5. Libanio, la protesta del “último pagano”	409
6. Teodosio y el Edicto de Tesalónica.....	409
7. Acoso y derribo de los templos paganos	411
8. Represión del judaísmo	414
9. Persecución de la herejía.....	418
10. Prisciliano de Ávila	420
10.1. <i>Entre la reforma y la herejía</i>	424
Bibliografía	428
4. Juliano y la reacción pagana	430
1. Juliano estudiante y estrategia	431
2. Reacción y “apostasía”	432
3. ¿Juliano perseguidor?.....	433
4. Restauración del paganismo.....	436
5. Reconstrucción del templo de Jerusalén.....	438
6. Derrota de la Victoria	439
Bibliografía	442
5. El cristianismo en Armenia y Persia	443
1. Edesa y el rey Abgaro.....	444
2. Armenia, el primer Estado cristiano de la historia	446
2.1. <i>Gregorio el Iluminador</i>	447

MÁRTIRES Y PERSEGUIDORES. HISTORIA GENERAL DE LAS PERSECUCIONES

2.2. <i>Vardan y la primera guerra de religión</i>	451
3. El Imperio persa	452
3.1. <i>Mazdeísmo y política religiosa</i>	454
4. El cristianismo de Mesopotamia	455
4.1. <i>Mártires persas</i>	456
5. El maniqueísmo	461
Bibliografía	462
6. Bárbaros y arrianos	464
1. Las invasiones bárbaras.....	465
2. Ulfilas y la conversión de los bárbaros	468
3. La persecución vándala en África del norte.....	471
Bibliografía	475
PARTE V. CRISTIANOS BAJO EL ISLAM	477
1. Orígenes del islam	479
1. Mahoma, profeta y enviado de Alá	479
1.1. <i>Judaísmo y cristianismo preislámicos</i>	481
1.2. <i>La revelación</i>	483
1.3. <i>Predicación y rechazo</i>	484
2. La guerra en la vida de Mahoma	486
3. La cuestión económica en la expansión musulmana.....	489
4. Tolerancia y libertad bajo el islam	491
5. Estatuto de la “gente de la Escritura”	494
6. Los nestorianos y el islam.....	497
Bibliografía	501
2. Los mártires de Córdoba	503
1. La resistencia cristiana.....	504
2. Isaac, el protomártir mozárabe	508
3. Cosecha de mártires	510
4. María y Flora	511
4.1. <i>Exhortación al martirio</i>	513
5. Desaprobación del martirio voluntario	514
6. Profanación de la mezquita	516
7. Fandila, Anastasio, Félix y Digna	517
8. Eulogio y la restauración de la cultura cristiana	518
Bibliografía	523
APÉNDICES	527
Apéndice 1. Bibliografía General.....	529
Apéndice 2. Índice Analítico	534

INTRODUCCIÓN

La Iglesia cristiana ha sido fecunda en mártires y fecundada por los mismos. Como alguien ha dicho, antes de ser una Iglesia de mártires, *ecclesia martyrum*, es una Iglesia mártir, *ecclesia martyr*. “En su constitución ontológica se le imprime de modo indeleble la *forma Christi*, que se expresa en la *kénosis* del Hijo hasta el momento culminante de la pasión y muerte de cruz. Lo que pertenece a Cristo es también de su Iglesia; por tanto, también para ella tiene que concretarse y realizarse la forma de la *kénosis* como expresión del seguimiento obediente, que alcanza su culminación en la pasión y muerte por amor. Por tanto, la Iglesia nace, vive y se construye sobre el fundamento de Cristo mártir; su misión en el mundo tendrá que ser la de orientar la mirada de cada uno hacia «el que fue traspasado (Jn. 19:37; Ap. 1:7), a fin de que de forma eminente se explicita la palabra reveladora del Padre”¹.

El relato de las persecuciones y los mártires, sin olvidar nunca el contexto político y social, nos introduce a la historia de la Iglesia desde la perspectiva interesante y fecunda, además de conmovedora en lo que tiene de heroísmo y ejemplaridad en medio de la crueldad más inimaginable y gratuita. Es la marcha de la Iglesia militante en su calidad de confesora y digna representante del Salvador sufriente, de la “locura de la cruz”, “escándalo y necedad”, “contradicción de pecadores” (Heb. 12:43), pero también “poder de salvación”, “testimonio de la verdad” para la afirmación de la justicia y la salvación del mundo. Como en “los días de su carne”, Cristo se acerca al mundo mediante los creyentes que confiesan su nombre en la debilidad de la carne y en el amor que sucumbe al odio, quizá al miedo también, perseguidor e insensato. La pasión de Dios en su Hijo unigénito se perpetúa en la vida de sus hijos adoptivos (cf. Col. 1:24) obligados por los poderes hostiles de este mundo a “tomar la cruz” (Mt. 16:24) por causa del nombre de Cristo. El recuerdo de las persecuciones, pasadas y presentes, nos dice que “el Dios de Jesús no es el Dios de los triunfadores. Es el Dios de los que entregan su vida a una causa y fracasan, el Dios de los torturados, el de los mártires, el Dios de los profetas asesinados, el de los dirigentes encarcelados, el de los pastores que entregan su vida por las ovejas” (José L. Caravias). Pero, paradójicamente, el Dios que sufre y muere en Jesús es el Dios de la esperanza, el que transforma el grito desesperado en confianza absoluta en el triunfo final de su causa. Animados por ese espíritu de confianza esperanzada cientos de

¹ R. Fisichella, “Martirio”, p. 858, en *Diccionario de Teología Fundamental*. Paulinas, Madrid 1992.

mujeres y de hombres soportaron la opresión y aceptaron con gozo la muerte antes que que renegar de su creencias. El discípulo no es mayor que su Maestro, y cuando llega la ocasión quiere identificarse con él la muerte, doliente, humillado, desnudo, torturado, llagado, ensangrentado, pero invencible. Hay una misteriosa vitalidad en el sufrimiento, semilla de dolor que fecunda a la Iglesia y convierte al mundo.

Por este motivo, desde el principio y a lo largo de los siglos los creyentes han mirado al mártir como una prueba de la veracidad de su causa. “Los que han entregado su vida hasta la muerte por el Evangelio de Cristo, ¿cómo podían hablar a los hombres influidos por prejuicios? —se pregunta Ireneo— Porque si hubieran obrado así, o sea, siguiendo la corriente, no hubieran padecido la muerte. Pero, como predicaban en un sentido diametralmente opuesto a los que rechazaban la verdad, por tal motivo tuvieron que padecer. Es evidente, por tanto, que no abandonaban la verdad, sino que predicaban con total independencia tanto a judíos como a griegos. Proclamaban a los judíos que aquel Jesús, que ellos habían crucificado, era el Hijo de Dios, el juez de vivos y muertos, que había recibido del Padre su reinado eterno sobre Israel, como lo manifestamos, y anunciaban a los griegos a un solo Dios Creador de todas las cosas, y a su Hijo Jesucristo”².

A menudo se echa en cara a la Iglesia su comodidad, su poder, su riqueza, su inmovilismo, y se ignora por completo ese magma de vida espiritual que alimenta desde lo más profundo de la piedad callada y sufrida la rica entraña de los fieles y explica suficientemente esa explosión de heroísmo, sacrificio y entrega de los mártires en defensa de su fe; renuncia suprema al propio vivir en pro de la vida de la Iglesia. Hombres y mujeres que serenamente aceptan el suplicio como testimonio del carácter sobrenatural de la religión que profesan. Incomprensible para sus verdugos, que arremeten y se ensañan con lo que no entienden. Pero ¿acaso Dios no se dejó eliminar por el pecador para no tener que, precisamente, eliminar al pecador? Dios se abandona a sí mismo para no abandonar a la humanidad. Dios sufre para que el hombre viva. No otra cosa confiesa la fe cristiana al hacer de la cruz donde se revela el amor sublime de Dios que salva al mundo.

El mártir se hace partícipe históricamente de la cruz de Cristo. Toma la palabra y, como buen soldado de Cristo, ocupa la primera línea de combate en un enfrentamiento de dimensiones cósmicas, espectáculo a Dios y al mundo. “Cuando sois llamados al martirio —dice Orígenes—, se convoca a una muchedumbre de espectadores para ver vuestra lucha: es como si miles y miles de espectadores se reunieran para ver la lucha de unos atletas considerados célebres. Y diréis como Pablo en el transcurso de vuestro combate: ‘Hemos sido puestos a modo de espectáculo para el mundo, los ángeles y los hombres’ (1 Cor. 4:9). El mundo entero y los ángeles a la derecha y a la izquierda, y todos los hombres, los que pertenecen al partido de Dios y los de todos los otros partidos, oirán decir que entabláis el combate por la religión cristiana. Entonces, o bien los ángeles en el cielo se regocijarán por vosotros, juntos los ‘ríos baten sus palmas’ (Sal. 98:8), ‘los montes y las colinas romperán ante vosotros en gritos de júbilo y todos los árboles del campo batirán palmas’ (Is. 55:12); o bien, ¡Dios no lo quiera!, serán las potencias de abajo las que se regocijarán”³.

² Ireneo de Lyon, *Adv. haer.* III, 12, 13.

³ Orígenes, *Exhortación al martirio*, 18.

El mártir se convierte en signo de su Señor, “varos de dolores y experimentado en quebranto” (Is. 53:3), y en un recordatorio de que en tanto el mundo perdure, se dará el rechazo de Dios y de la justicia. El valor de los mártires consiste en ofrecer un ejemplo de la fuerza victoriosa de la persona de Cristo, que sigue hoy viviendo en medio de los suyos en la audaz proclamación de la Palabra y la entrega generosa por amor a los hombres.

Los primeros documentos literarios del cristianismo, aparte del Nuevo Testamento, consisten en *Actas y Pasiones* de los mártires. Incluso en el mismo Nuevo Testamento, los capítulos dedicados a la Pasión y Muerte de Jesucristo y los dedicados a las persecuciones sufridas por los apóstoles, cubren la mayor parte de la historia del cristianismo naciente. Todos estos documentos, *Actas y Pasiones*, juntamente con libros y cartas de lo que llegará a conocerse como Nuevo Testamento, fueron los textos donde las primeras comunidades cristianas reflejaron su vida y su conciencia, con los que formaron el espíritu y carácter de una generación tras otra. Fue leída con pasión y lágrimas en los ojos. La literatura martirial, reflejo de una historia viva y presente en las comunidades, estaba presente en la liturgia, en los sermones y homilias, en los calendarios y en las fiestas más solemnes, en las costumbres populares y en la imaginación de los individuos. Como todo lo que goza de prestigio público, su misma demanda resultó en su ruina. Pronto abundaron los retoques que para ahondar el efecto dramático recurrió al embellecimiento de los relatos oficiales de lo que en un principio fue un hecho tan terrible como sobrio, dando lugar a falsificaciones y a leyendas sin fundamento, hasta el punto de dar vida a mártires que nunca existieron. A tal punto se llegó que el Sexto Concilio de Cartago (401) protestó contra el culto de mártires, cuyo martirio no fuera seguro (canon XVII). Seguidamente, el Concilio romano del año 494 condenó la lectura pública de actas de mártires sin la discriminación de la jerarquía entendida en el tema⁴. A juzgar por decisiones similares en concilios posteriores, hemos de creer que siguieron falsificándose actas de mártires, pero en honor de la verdad, para callar la boca de los maliciosos que siempre tienen a mano la teoría de una jerarquía interesada en tergiversar la historia en su favor, hay que decir que los máximos dirigentes de la Iglesia siempre vigilaron con cuidado especial el testimonio de la historia. El Concilio de Trullan (692), en Constantinopla, llegó a excomulgar a quienes fueran responsables de la lectura de falsas *actas*.

Con todo, la lectura de la vida de mártires —y de santos y monjes que tomaron el relevo— llena toda la Edad Media. La Reforma protestante del siglo XVI no rompió totalmente con esta costumbre, antes al contrario, recopiló sus propios martirologios, en los que se incluyeron los mártires de casa. El más famoso de todos fue John Foxe (1516-1587), cuyo *Libro de los mártires* ocupó un segundo puesto en los hogares reformados después de la Biblia. Particularmente extenso y desde el punto de vista de los disidentes, Thielemann J. van Braght, recoge los mártires de la causa anabautista hasta el año 1660. *Teatro sangriento* o *Espejo de los mártires* titulará a su monumental obra profusa en memoriales y testimonios, complementada por editores posteriores.

La piedad católica sigue siendo especialmente sensible a la *gesta de la sangre*. Y es bueno que sea así. Manifiesta una identidad con el pasado de primera importancia en orden a la

⁴ *Patrología Latina*, LIX, 171-2.

autoconciencia cristiana cara a su testimonio al mundo, su papel y su destino en las luchas de este mundo.

La relación cristiana con la persecución por motivo de conciencia arrastra una grave contradicción que es preciso asumir en todas sus dimensiones. Por un lado, la Iglesia, o mejor, las Iglesias, pueden señalar a sus mártires como testimonio de fidelidad a sus creencias, pero por otro lado, el mundo puede, y de hecho no deja de recordarle, un protagonismo de signo contrario en el que asume no el papel de víctima sino de verdugo: quema de herejes, guerras de religión, condena del pensamiento moderno... Unas y otras Iglesias, desde Ginebra a Roma, han pedido perdón por sus abusos y atropellos. Y lo han hecho porque han entendido perfectamente que no va conforme a su espíritu y profesión. Que la violencia en cuestión de religión y conciencia es un atentado contra Dios y los hombres. Sin embargo, la intolerancia y la violencia motivadas por cuestiones religiosas aún forman parte de nuestro mundo actual, de las noticias de cada día. Una vez más se reviven escenas que se creían enterradas en el polvo de la historia. Y el cristianismo que ha apostado abiertamente por la libertad religiosa conforme a lo mejor del espíritu de la modernidad, puede volver sus ojos al pasado sin mistificaciones ni excusas. Aprendiendo de sus aciertos y de sus errores.

La lealtad a la historia es un síntoma de buena salud espiritual, de madurez y confianza. En el tema de los mártires y de las persecuciones se ha escrito mucho, pero desgraciadamente con un enfoque unilateral. Se exagera por todas partes, por los que ensalzan la gesta de los mártires y por los que la reducen a episodios aislados. De una manera u otra despistan y desconciertan a los neófitos en historia antigua. Grupos seculares y movimientos religiosos no cristianos parecen competir en desquitarse de los años que el cristianismo ostentó una hegemonía espiritual y cultural, tratando de empañar, o menoscabar hasta sus momentos más gloriosos. Los cristianos, por su parte, parece que no han comprendido la lección y permiten que la historia de las persecuciones, que forma parte esencial de la vida de la Iglesia desde su fundación, se escriba desde la perspectiva de la literatura piadosa y devocional, como un subgénero de la historia, la hagiografía y el panegírico, que no convienen a la asunción personal y colectiva de una historia bien asimilada y bien digerida.

Creo que hacía falta una historia general de las persecuciones donde se abordara el tema desde los diversos puntos de vista de los implicados, de los perseguidos y de los perseguidores, y de aquellos factores que pasaron desapercibidos a los implicados, pero que contribuían a dictar sus normas de conducta: los cambios sociales y políticos, la mezcla de pueblos, las catástrofes naturales y humanas. Había que rehuir el guión de una película de buenos y malos, donde toda la verdad y toda la razón están de una parte y nada en la contraria. Nuestro estudio nos ha permitido entrar en la mente de los perseguidores, rastrear sus creencias y sus miedos, comprender sus razones. Se lo debíamos para no repetir la historia a la inversa. Esto nos ha permitido ver los factores imponderables que recorren la historia, el papel tan poderoso que juegan las emociones humanas en el curso de los acontecimientos.

Como cada vez que uno desciende a las galerías subterráneas del pasado histórico hemos sido sobrecogidos por la crueldad humana, tan gratuita como inútil. Hemos sufrido psicológicamente imaginando por unos instantes una realidad no tan distante ni ajena a nuestra experiencia moderna: las múltiples caras de la tortura y la humillación. Pero también hemos

regresado a la superficie con la luz de la víctimas y de ese también sobrecogedor sentimiento de asombro ante el valor que menosprecia las amenazas en orden a un ideal, a un modo de vida, a una fe.

La historia, la de los mártires incluidos, no se puede utilizar como un instrumento ideológico a favor de un grupo determinado. Esto la falsea, y nada falso puede servir a la verdad por la que murieron los mártires. No somos quien para jugar con la historia y los criterios que la pueden hacer “edificante”. Todos los hechos han de ser juzgados críticamente y esto por una sencilla razón, la realidad es multiforme, abierta a infinitas posibilidades; crece con el tiempo y cada tiempo se salva en la medida que contribuye a desplegar la potencialidad de su pasado, su herencia inalienable. Asumiendo los capítulos oscuros para que destaque con más fuerza la claridad de un mensaje que desde el principio viene diciendo: “¡Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz entre los hombres de buena voluntad!” (Lc. 2:14, RVA). Necesitamos ese espíritu y esos hombres que no se postran ante los ídolos de moda: fama, poder, dinero; los dioses que en cada época adoptan los valores de la codicia humana.

La historia de los mártires, con su lección de desprendimiento voluntarioso, puede ayudar a corregir una tendencia cada vez más peligrosa en una cristiandad que ha confundido el brillo del éxito con la gloria de la cruz, y que ha olvidado la vieja máxima de que “sin cruz no hay corona”, seducidos por una mal llamada “teología de la prosperidad”. Los mártires son testigos del reino de Dios, contribuyen a realizar en la historia los principios del evangelio consistentes en afirmación de la justicia y la verdad hasta el punto de la entrega y sacrificio de la propia vida. “Cuando un hombre no es perseguido por su creencia —escribía el filósofo francés Jean Guitton—, no resulta fácil saber lo que cree y a qué profundidad lo cree. En realidad, lo que yo creo, es lo que aceptaría sostener bajo la ironía, bajo el silencio o el desprecio de los que estimo; es aquello por lo que soportaría que me quemaran el dedo meñique. Sólo se cree realmente aquello por lo que aceptaría sufrir, o llegado el caso ser tomado por un imbécil”⁵.

Estamos en los albores de un nuevo mundo que nos lleva a reflexionar en la necesidad de construir una teología de la persecución que ilumine y abra la experiencia creyente a una dimensión más rica y plena de su vida y testimonio en la sociedad actual. La cruz no es deseable, ni buscada, pero, desgraciadamente, en este mundo de intereses egoístas y sectarios, la cruz busca al justo. Quien se compromete por el Reino de Dios y su justicia debe tener presente que la cruz es la consecuencia natural a su anuncio, que salva y libera, pero también juzga y condena. El mal desenmascarado reacciona con violencia. Pero el que en Cristo ha muerto al mundo no teme, sino que vive para la justicia. Asume la cruz en solidaridad con los que sufren, porque sabe que al Viernes de Pasión le sigue el Domingo de Resurrección.

ALFONSO ROPERO, TH. M. PH. D.

5 Jean Guitton, *Lo que yo creo. Razones por las que creer*, pp. 11-12. Belacqva, Barcelona 2004.

PARTE I

CAUSAS Y TEOLOGÍA DEL MARTIRIO

“La discordia es algo arraigado en la vida humana, porque el hombre es la más delicada de todas las cosas del mundo que el hombre se ve obligado a tratar. Y éste es un animal social y al mismo tiempo un animal dotado de libre voluntad. La combinación de estos dos elementos en la naturaleza del hombre significa que, en una sociedad construida exclusivamente por miembros humanos, habrá un permanente conflicto de las voluntades; y ese conflicto puede llegar a extremos suicidas, a menos que en el hombre no se dé el milagro de la conversión. La conversión del hombre es necesaria para la salvación del hombre, porque su libre e insaciable voluntad le da su potencialidad, pero haciéndole correr el riesgo de alejarse de Dios”.

*Arnold J. Toynbee*⁶

6 A. J. Toynbee, *Estudio de la Historia*. Compendio V/VIII, vol. 2, p. 442. Alianza Editorial, Madrid 1979, 4ª ed.

1. Una fe bajo el signo de la cruz

Las noticias cada vez más frecuentes sobre la intolerancia religiosa, asesinato de misioneros, quema de iglesias, ataque a comunidades cristianas, han devuelto a un primer plano una cuestión que parecía pertenecer al pasado atávico de los pueblos, la persecución por motivos religiosos, el martirio, la muerte violenta por el testimonio de fe cristiana. Creíamos haber enterrado para siempre la intolerancia y el fanatismo religioso que llevan a la persecución y eliminación de los que no aceptan el credo oficial, pero nos equivocamos. Los demonios exorcizados del pasado reaparecen con nueva fuerza, nuevos argumentos y nuevo ropaje, con nuevos motivos y razones. La verdad es que no nos abandonaron nunca, ni han cambiado tanto.

El siglo XX de nuestros amores, de avance científico, de viajes interplanetarios, de aldea global, de derechos humanos, de experimentos sociales y pensamiento libre y libertad religiosa, se saldó con el espantoso saldo de miles, millones de personas que perdieron su vida por motivos religiosos⁷. Primero fue el comunismo ateo el que clausuró iglesias, encerró, torturó y asesinó a miles de creyentes. Después, por motivos nacionalistas, comunidades enteras fueron masacradas por pertenecer a otra fe; preludio de los fundamentalismos e integristas modernos, con el islam a la cabeza, sin olvidar el hinduismo tradicional. “Al término del segundo milenio, la Iglesia ha vuelto de nuevo a ser Iglesia de mártires... Es un testimonio que no hay que olvidar”⁸.

El cristianismo, que llevaba años luchando por la liberación de los pueblos y por la emancipación de la conciencia, se da cuenta de que tiene que volver a armarse con la idea de la denuncia profética, pero sin olvidar que la suerte del profeta corre a menudo pareja de la del mártir. Hoy se impone, con toda claridad, una teología del martirio, una teología del sacrificio a la luz del Evangelio y de la situación presente. La historia de las misiones modernas ha vuelto a recordar que, una vez más, la sangre de los mártires es la semilla de los nuevos cristianos. Es como si el espíritu humano no estuviera dispuesto a aceptar una creencia nueva sino hasta comprobar su resistencia en las débiles carnes del propio predicador, antes que en la consistencia de su doctrina y argumentos.

Pero no son los individuos los que obedecen a esa paradójica dialéctica: oposición-rechazo-aceptación, creyendo que se puede completar el ciclo en un solo plazo existencial. Son las generaciones. A veces es preciso que la generación “rebelde” muera agotada en el desierto del resentimiento antes de que surja la generación de la aceptación gozosa.

El cristianismo nació al pie de una cruz, de la sangre y del agua que manaban del costado de Cristo, y creció y se extendió bajo la sombra de esa cruz y de esa agua. De esa muerte y de esa vida. De esa muerte que es vida y de esa vida que es muerte. Ni en los tiempos de calma está la Iglesia libre de tormentas. El mundo, torturado por sus contradicciones internas y perseguido por sus propios fantasmas se ceba en los pobres y los débiles que no tienen medios ni posibilidad de defensa. Son las potencias demoníacas de la historia las que convierten a un Herodes en asesino de niños inocentes y emperadores y gobernantes en sacerdotes de un rito macabro: el sacrificio de los cristianos en honor de los dioses patrios.

⁷ Andrea Riccardi, *El siglo de los mártires*. Plaza & Janés Editores, Barcelona 2001.

⁸ Juan Pablo II, *Tertio millennio adveniente*, 1994.

En la concepción cristiana de Dios el martirio pertenece a la misma esencia de Dios. Es el Dios crucificado que muere por nuestros pecados. Siglos de quehacer teológico bajo las consignas de la filosofía griega han hecho creer a los cristianos que su Dios no puede sufrir, que el Señor omnipotente creador del cielo y de la tierra es *impasible*, no puede padecer; si sufriera no sería Dios. Se olvidaba que en la Biblia se presenta a Dios de una manera muy diferente. Es cierto que Dios no puede sufrir al modo de la criatura limitada que sufre por faltarle algo; a Él no le puede venir ningún sufrimiento inesperado, como fatalidad o castigo. Sufre por amor al hombre. Si Dios fuera impassible, seguramente sería incapaz de amar a sus criaturas y permanecería siempre alejado de ellas. Pero si Dios es capaz de amar a otros está expuesto a los sufrimientos que le acarrearán este amor; aunque el mismo amor no le permita sucumbir al dolor. Dios padece por efecto de su amor, que es el desbordamiento de su ser. En este sentido Dios parece estar sujeto al sufrimiento. Al crear Dios toma sobre sí mismo el riesgo de amar y sufrir. En cierta medida, Dios se vuelve vulnerable, se compromete con un pueblo y su historia y experimenta sus sufrimientos. Sufre con ellos y por ellos (cf. Os. 11:1-9; Is. 49:15-16; 66:13; Mal. 3:17; Sal. 102:13). Finalmente se encarna y, en lugar de sentarse sobre un trono de oro, muere ejecutado en una ignominiosa cruz. Por eso el Dios de la cruz sorprendió a propios y extraños. Motivo de escándalo y signo de contradicción. Ciertamente, el Dios de Jesucristo es el Dios que destruye y convierte en idolátricas todas las imágenes naturales de Dios. El Dios de Jesús sufre la muerte de su Hijo en el dolor de su amor. Por tanto, en Jesús Dios es también crucificado y muere. Es una reflexión a la que los teólogos están prestando una atención ausente en el pasado, con muy pocas excepciones⁹.

La historia de las persecuciones nos introduce de una manera dolorosa, cruel, conmovedora, en la experiencia pasada de la Iglesia militante en su dimensión más pura, no la nominal sino la confesante. Nos descubre el resorte espiritual que animaba el ser y sentir de los creyentes que se alzaron con la palma del martirio. Nos introduce también en los habitáculos tenebrosos de las cárceles que no pudieron aprisionar su vida ni apagar su fe; en la sórdida crueldad humana, tan gratuita como despreciable, que al final es derrotada por la constancia de los creyentes, firmes en su conciencia inocente y, por tanto, victoriosa. La perspectiva del martirio pone a la Iglesia en su debido lugar. Un lugar que con frecuencia abandona para pasarse al campo de sus enemigos, de mártir a verdugo.

También, y como aviso contra todos los intentos de formar una Iglesia exclusivamente de puros, santos y confesores, las persecuciones nos recuerdan que sólo unos pocos —comparativamente hablando— fueron capaces de enfrentar sin miedo la muerte por causa de la fe, salvando así el honor, la credibilidad y la permanencia de la Iglesia. Es comprensible que a la hora de escribir la historia de las persecuciones, los historiadores de la época —todos ellos cristianos y eclesiásticos— se hayan centrado en los de temple heroico y decidido, resaltando su fortaleza y serenidad ante las torturas y el sufrimiento. Pero en la generalidad de los casos esto no fue así. Nos lo dicen esos mismos historiadores de pasada, como telón de fondo de los mártires, que reaccionan al temor y apostasía de sus hermanos de fe. Nos lo confirma también el agrio debate sobre el proceder para readmitir en la comunidad a los apóstatas, a

9 Véase Alfonso Ropero, "Dios y su dolor", cap. V de *Filosofía y cristianismo*. CLIE, Terrassa 1997.

los que obedecieron al César antes que a Dios. Firmiliano, obispo de Cesarea de Capadocia, recuerda que en los días de Maximino el Tracio los fieles huyeron de la persecución atemorizados, yendo de acá para allá, hasta el punto de abandonar su patria y pasar a otras regiones¹⁰. La Iglesia nunca fue la comunidad de los perfectos, tentación inútil de todas las sectas, sino de los peregrinos, donde la fe brota en unos al 30, en otros al 60 y en otros al 100 por cien. El gallo que adorna la torre de muchas iglesias recuerda que junto al confesor se encuentra el negador, que caer o permanecer en pie es un don y una responsabilidad. El mártir es quien por excelencia “confirma la fe de sus hermanos” (cf. Lc. 22:32). No se impone, se dispone al servicio de la comunidad y en testimonio de la fe.

En muchos casos, dada su antigüedad, las *Actas de los mártires* son el primer documento histórico que poseemos sobre la vida de la Iglesia. Tal es el caso de la Iglesia norteafricana. Aparece en la primitiva historia cristiana en medio del acta del martirio de varios miembros de la comunidad de Estilo (Scillium), aldea de Numidia en el África romana. La perspectiva de las persecuciones, pues, ofrece nuevo e insospechado campo para el examen del estudioso de la historia. Las catacumbas son un paso tan obligatorio como las basílicas y las reuniones conciliares. En la experiencia de la persecución los cristianos no permitieron que se les recluyera en el aislamiento y la amargura contra la sociedad perseguidora. En contra de la concepción generalizada de una “Iglesia de las catacumbas” recluida en sí misma, el martirio, respondiendo a su etimología, llevaba inherente un rasgo proselitista afirmado por el mártir ante sus jueces. “De hecho, las actas de los mártires no rezuman un pesimismo temeroso, que sí había hecho mella en el ambiente pagano de entonces, sino una seguridad y esperanza gozosas”¹¹.

El martirio como testimonio gozoso de seguimiento de Cristo, la resistencia al sufrimiento injusto por causa de la fe, la oposición a sacrificar a los dioses o al genio del emperador, la respuesta a las calumnias y difamaciones, el rechazo de la hipocresía, la victoria de los mártires sobre sus verdugos, todo esto y mucho más dejó huellas profundas en la experiencia cristiana: en su teología, espiritualidad, soteriología, visión del mundo y de la historia. El martirio como un camino a la gloria seguro e infalible. “Nuestros hermanos salen de este mundo con gloriosa muerte hacia la eternidad”¹². “Los cielos se abren a los mártires”¹³. “En el bautismo de agua se recibe el perdón de los pecados, en el de la sangre la corona de la fortaleza”, después del cual “nadie peca ya jamás, lleva al término la vida creciente de nuestra fe, que inmediatamente nos lleva de este mundo, que dejamos, a la unión con Dios”¹⁴.

La vida como ascesis y renuncia del mundo en combate diario con el pecado. La valoración de los bienes futuros sobre el presente. “Los santos ante cuyas tumbas estamos reunidos, despreciaron el mundo”¹⁵. La labor misionera como inmolación martirial por el Evangelio. El honor a los mártires como culto a los santos. La unidad eclesial en torno a los obispos

¹⁰ Carta de Firmiliano, en Cipriano, *Cartas* 75, 10.

¹¹ Peter Stockmeier, “Edad antigua”, en Josef Lenznweiger, ed., *Historia de la Iglesia católica*, p. 83.

¹² Cipriano, *Cartas* 12, 2.

¹³ Cipriano, *Cartas* 58, 3.

¹⁴ Cipriano, citado por José Capmany, “*Miles Christi*” en *la espiritualidad de San Cipriano*, p. 105. Editorial Casulleras, Barcelona 1956.

¹⁵ Gregorio Magno, *Hom. VIII in Evang.* PL 76, 1210.

frente a los enemigos internos y externos. La conversión de perseguidos en perseguidores debido a la trágica dialéctica del mantenimiento de la pureza de la tradición. El concepto de la salvación como premio a una vida de privaciones y sufrimiento. La aceleración de esperanzas escatológicas y de sueños milenarios.

1. Sangre y semilla

“La vida de la carne en la sangre está” (Lv. 17:11). “Esto es mi sangre del pacto, la cual es derramada para el perdón de pecados para muchos” (Mt. 26:28; Mc. 14:24). “La Iglesia del Señor, la cual adquirió para sí mediante su propia sangre” (Hch. 20:28). La Iglesia del primer milenio nació de la sangre de su fundador en especial, y de los mártires en general. “Nos hacemos más numerosos cada vez que nos cosecháis: es semilla la sangre de los cristianos (*semen est sanguis christianorum*)”¹⁶, contesta desafiante Tertuliano a los magistrados de Roma. La victoria surge de la derrota, es una parte inseparable de la enseñanza de Jesús, que constantemente se refiere a la necesidad de estar dispuesto a perder para poder ganar.

Sin la cruenta siembra de mártires de las primeras generaciones cristianas difícilmente se hubiera llegado a los días de Constantino con la entereza moral con que se llegó. Fortalecido el carácter, levantados los ánimos. Es un testimonio que no se ha de olvidar. En los inicios del tercer milenio, la Iglesia ha vuelto a ser Iglesia de mártires. La memoria de cuantos han padecido el martirio en el pasado puede ayudarle a entender y soportar su destino presente.

Jesús antecede a todo, Él el primero, el fiel *testigo* (Ap. 1:5). El mártir por antonomasia. El campeón y prototipo de los mártires. Los mártires se consideraban como seguidores del *mártir* Jesucristo, “coparticipes de Cristo en su muerte”¹⁷. En la pasión de los mártires de Lyon se dice que “Cristo sufría por Atalo”. Tertuliano afirma que “Cristo está en el mártir”. Fileas, obispo y mártir, describe a los mártires como “portadores de Cristo, aspirando a los más grandes carismas, afrontaron todo sufrimiento y todo género de torturas”¹⁸.

El odio concentrado en la persona de Jesús que le lleva a la muerte, se dirigirá contra sus seguidores por el hecho de serlo: “Seréis odiados por todos a causa de mi nombre... Os llevarán ante los gobernadores y reyes por mi causa... Si a mí me han perseguido a vosotros también os perseguirán... El discípulo no es más que el maestro...” (cf. Mt. 10:17-36). Seguir a Cristo no es sólo participar privilegiadamente de sus dones taumatúrgicos y soteriológicos, significa también compartir su destino de final violento, “tomar la cruz hasta la muerte” (Mt. 10:38).

Después de Pascua los discípulos toman conciencia de que el seguimiento de Jesús conlleva el sufrimiento. “La persecución forma parte de la misión y es signo de su verdad” (Bruno Maggioni)¹⁹. Así lo entendieron los mártires de los primeros siglos. Se comprometieron con el mensaje de Jesús sin reservas, en una entrega total. Por eso son la gloria de la Iglesia de todos los tiempos, y su testimonio confiere credibilidad a su mensaje y cubre las faltas de

¹⁶ Tertuliano, *Apológico* L, 13.

¹⁷ Cf. Padres Apostólicos, *Martirio de Policarpo* 6.

¹⁸ Eusebio, *Hist. ecl.*, VIII, 9.

¹⁹ B. Maggioni, *El relato de Mateo*, p. 111. Ed. Paulinas, Madrid 1982.

los miembros no tan gloriosos, que por miedo o debilidad reniegan de la fe. Abundan los relatos de jueces y verdugos convertidos en creyentes como resultado de la constancia de los mártires. “Todos los testigos de la paciencia noble de los mártires, como golpeados en su conciencia, son inflamados con el deseo de examinar el asunto en cuestión; y tan pronto como conocen la verdad, se enrolan de inmediato como discípulos”²⁰. La fe cristiana no es nada si no se encarna en la vida de los que la profesan. Su fuerza reside precisamente en el testimonio personal, en el martirio. La predicación no es suficiente, tiene que ir avalada por su encarnación en la persona del predicador.

“De esta manera, peregrinando entre las persecuciones del mundo y los consuelos de Dios, avanza la Iglesia por este mundo en estos días malos, no sólo desde el tiempo de la presencia corporal de Cristo y sus apóstoles, sino desde el mismo Abel, primer justo a quien mató su impío hermano, y hasta el fin de este mundo”²¹.

2. Testimonio y martirio

“Vosotros —dijo Jesús— seréis testigos de estas cosas” (Lc. 24:48). Y en otra ocasión: “Vosotros seréis mis testigos en Jerusalén, Judea y Samaria, hasta los últimos confines de la tierra” (Hch. 1:8). La palabra que se traduce “mártir” corresponde a la griega *mártys*, cuyo sentido originario y directo es “testigo” y “testimonio”. Del testigo se esperaba que respondiese basándose en lo observado por sí mismo y no en sus propias opiniones o suposiciones, hasta el punto de garantizar con su vida la realidad del hecho testimoniado. En sentido propio y neotestamentario “mártir” es un testigo de Jesús; el que da testimonio de su obra y de su presencia, sobre todo de su resurrección y permanencia: “Así está escrito, y así fue necesario que el Cristo padeciese y resucitase de los muertos al tercer día; y que en su nombre se predicase el arrepentimiento y la remisión de pecados en todas las naciones, comenzando desde Jerusalén. Y vosotros sois testigos de estas cosas” (Lc. 24:46-48). Los discípulos de Jesús darán testimonio (*martyresei*) de Él como parte de una misión universal que cuenta con la asistencia divina del Espíritu Santo, que es a su vez testigo de Jesús (Jn. 15:26; Lc. 24:48; Hch. 1:8). Desde el principio los discípulos dan fe de la presencia del Jesús resucitado en medio de ellos (Hch. 1:22; 3:15). “Nosotros somos testigos de todo lo que hizo en la tierra”, afirman (Hch. 10:39). Tal es así que “con gran poder los apóstoles daban testimonio de la resurrección del Señor Jesús, y abundante gracia había sobre todos ellos” (Hch. 4:33). En principio, pues, el testigo cristiano es la persona investida con el poder del Espíritu de Cristo para testimoniar ante el mundo de la suprema realidad del Señor resucitado. Pero es un testimonio comprometedor, no tiene nada que ver con el testimonio ante un tribunal imparcial, sino ante una sociedad que se siente interpelada y molesta con semejante testimonio, que a veces se resuelve en abierta persecución que alcanza la escala progresiva desde las amenazas, malos tratos, encarcelamiento y hasta la muerte (Hch. 4:21; 5:18).

En sentido estricto, *mártires* en cuanto testigos oculares de la vida, de la muerte y de la resurrección de Cristo sólo pueden serlo los apóstoles y las personas que trataron directa y

²⁰ Tertuliano, *Ad Scapulan* 5.

²¹ Agustín, *Ciudad de Dios*, XVIII, 52.

personalmente a Jesús. Ellos son *mártires* por antonomasia. Por eso, para sustituir al apóstol caído Judas, fue “necesario escoger entre los hombres que nos han acompañado todo el tiempo que el Señor Jesús vivió con nosotros uno que con nosotros sea testigo de la resurrección” (Hch. 1:22). Con ello se quiere significar que la fe cristiana está fundada en testimonios fidedignos, comenzando por Jesucristo, a quien se describe como “el testigo fiel” (Ap. 1:5), “el testigo fiel y verdadero” (Ap. 3:14), “el que estuvo muerto y vivió” (Ap. 2:8), de lo cual los apóstoles son garantes, no en cuanto predicadores de nueva religión, sino en cuanto testigos de la resurrección (Hch. 2:32) y “de los sufrimientos de Cristo” (1 Pd. 5:1). Heraldos idóneos “de lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que contemplamos y palparon nuestras manos tocante al Verbo de vida”. Eso es lo que testifican y anuncian para que también sus oyentes participen de su testimonio igualmente. “Lo que hemos visto y oído lo anunciamos también a vosotros, para que vosotros también tengáis comunión con nosotros. Y nuestra comunión es con el Padre y con su Hijo Jesucristo” (1 Jn. 1:1-3). De aquí parte la fuerza y convicción del mensaje evangélico que se comunica siempre mediante el testimonio personal, vivo y directo, en una cadena ininterrumpida de hombres y mujeres que se sienten animados por el Espíritu de Cristo.

Los que reciben el *testigo* de Cristo de manos de los apóstoles, aunque ya no vivan en un tiempo en que les sea posible presenciar con sus ojos, escuchar con sus oídos y palpar con la mano lo tocante al Verbo encarnado, quedan unidos a Él en virtud de la fe y la palabra testificada por los apóstoles que se encarna —habita, mora— en la comunidad de los creyentes y en su Escritura sagrada, formándose así una gran cadena de testigos que conforman el dinamismo de la Iglesia a lo largo de los siglos.

En segundo lugar, el cristiano es verdadero *mártir* o *testigo* de la fe cuando por medio de su palabra y de su conducta ejemplar testifica de la nueva vida en Cristo, resultado de la experiencia interior de la justificación por la fe y la santificación por el Espíritu. “Nosotros somos testigos de estas cosas... y con nosotros el Espíritu Santo” (Hch. 5:32.41).

En tercer lugar, el cristiano es propiamente *mártir*, según el significado que hoy damos a la palabra, cuando da su vida en defensa de esa fe, según la previsión de Jesucristo: “Seréis entregados a los tribunales, y azotados en las sinagogas, y compareceréis ante los gobernadores y reyes por mi causa, y así seréis mis testigos en medio de ellos” (Mc. 13:9; Mt. 10:17-18; Lc. 21:12-13). Aquí la muerte y el testimonio, la sangre y la palabra, están indisolublemente asociados, como es el caso del protomártir Esteban, que con el sacrificio de su vida ha atestiguado en favor de Cristo, y que en el texto sagrado se puede leer de “la sangre de Esteban tu testigo (*martyros*)” (Hch. 22:20). Luego, en la pluma de los autores neotestamentarios, la palabra “mártir” adquiere un significado desconocido en el mundo clásico. “La palabra misma, con toda la fuerza de su significación, no se halla antes del cristianismo; tampoco en el Antiguo Testamento. Es preciso llegar a Jesucristo para encontrar el pensamiento, la voluntad declarada de hacer de los hombres testigos y como fiadores de una religión”²².

Antes de ser clausurada la edad apostólica la palabra “mártir” adquiere ya el significado preciso y unívoco que nos es familiar. Se aplica a aquel que no sólo de palabra, sino también

²² Paul Allard, *El martirio*, lec. 1.

de hecho, con su sangre, da testimonio de Jesucristo. El Apocalipsis, escrito durante la persecución de Domiciano, emplea la palabra “mártir” en dos ocasiones con este sentido. En el mensaje que dirige a la Iglesia de Pérgamo, hablando en el nombre del Señor, menciona a “Antipas, mi fiel testigo (*martyr*), que ha sido entregado a la muerte entre vosotros, allí donde Satanás habita” (Ap. 2, 13). Y en otro pasaje, cuando se abre el quinto sello y se ven “debajo del altar las almas de los que habían sido muertos por causa de la Palabra de Dios y del testimonio (*martyrian*) que habían dado” (Ap. 6:9). Y no será la primera generación cristiana de creyentes la única en dar este testimonio. La historia de los mártires no había hecho nada más que empezar.

En resumen, el cristiano-mártir es el testigo de la vida sobrenatural de Cristo que habita en su interior. Habla por experiencia y por eso pone su experiencia al servicio de la verdad, hasta el punto de la entrega suprema si es necesario. Por medio del sacrificio los mártires testifican la real existencia de Cristo que viven en el Espíritu y de la existencia que les aguarda en la otra vida. No tienen nada que temer, pues quien les arrebatara la vida del cuerpo no les puede arrebatar la vida del alma (Mt. 10:28). Están en manos del Padre y comparten el destino del Hijo de Dios en la vida y en la muerte, a la que siempre sigue la resurrección. Entonces pasan a formar parte de la corte triunfante de Cristo en el cielo. “¿Quiénes son y de dónde han venido? Y yo le dije: Señor, tú lo sabes. Y Él me dijo: Éstos son los que han venido de grande tribulación, y han lavado sus ropas, y las han blanqueado en la sangre del Cordero” (Ap. 7:16-17).

La victoria más espléndida, consumada y definitiva es el martirio, que por lo mismo era tenido como la cumbre de la perfección cristiana. Usando el lenguaje paulino, el mártir podía decir: “Para mí el vivir es Cristo, y el morir ganancia” (Flp. 1:21). El martirio para él no podía ser menos que un honor, una gracia el beneficio del martirio: “Porque a vosotros es concedido, por Cristo, no sólo que creáis en Él, sino también que padezcáis por Él” (Flp. 1:29).

3. Mártires y confesores

Al principio el término “mártir” se refería a todo creyente en cuanto testigo de su fe en Cristo, sin que necesariamente tuviera que pasar por el trance de sufrir la pérdida de la vida, aunque se contemplara tal eventualidad, pues se rechazaba la negación de Cristo, cualquiera que fuese la gravedad de las consecuencias que esto pudiera acarrear (Mt. 10:33). De modo que para los teólogos de la Iglesia primitiva, “quien da testimonio de la verdad, ya con palabras ya con actos, tiene derecho a ser llamado mártir”, así escribía Orígenes todavía en el siglo III, sin embargo, él mismo da testimonio de una evolución del término, cuyo sentido se había matizado progresivamente debido a una costumbre que se había hecho ley en las comunidades cristianas: “Llevados por su amor a los que lucharon hasta la muerte, entre los hermanos se ha establecido la costumbre de llamar mártires a quienes testimoniaron en favor del misterio de la piedad con la efusión de su sangre”²³. Ya entonces, el título de “mártir” adquiere el significado de “cristiano sacrificado en aras de su fe”. Si no hay muerte, no hay

²³ Orígenes, *In Joan.* II: PG 14, 176.

martirio, no importa los sufrimientos soportados de la mano de jueces o carceleros²⁴. Son los mismos cristianos que padecen y sufren los horrores de la persecución, pero sin mediar muerte, quienes rechazan el nombre de “mártir” como un título de honor. En la carta de la Iglesia de Lyon sobre los padecimientos sufridos en su comunidad, se dice que los que tanto se habían esforzado por imitar a Cristo, y que después de haber soportado no algún que otro, sino muchos tipos de suplicios, que sabían lo que eran las fieras y la cárcel, que aún conservaban las llagas de las quemaduras y tenían los cuerpos cubiertos de cicatrices, “no se atrevían a llamarse mártires, ni permitían que se los llamara”. Si alguien, por escrito o de palabra, se atrevía a llamárselo, le reprendían con severidad. Tal título de *mártir* pertenece exclusivamente a Cristo, testigo verdadero y fiel, primogénito de los muertos y principio y autor de la vida divina, y a todos aquellos que habían muerto en la confesión de la fe. “Ellos ya son mártires”, decían, “porque Cristo ha recibido su confesión y la ha sellado como con su anillo. Nosotros sólo somos pobres y humildes confesores”²⁵. Tertuliano es el primero en quien el vocablo griego *mártys* se utiliza como neologismo y con la estricta significación de “muerte por la fe”. Estamos hablando de la temprana fecha del 177 d.C.

Los *mártires*, pues, son los que a imitación de Cristo dan su vida por causa de la fe, mientras que los que padecen pero sobreviven sólo son *confesores* (*ómolognetés*), no importa el grado de sufrimiento soportado durante su arresto. Por la vía de la humildad, rechazando usurpar un título que se considera supremo, bien pronto se establece en las Iglesias una especie de jerarquía espiritual, con el mártir a la cabeza, seguido inmediatamente del confesor, por debajo de aquél, pero muy por encima de los simples fieles. La corona y palma del martirio es la muerte, “la efusión de sangre”. Es la sangre la que distingue a quien la derrama de quien es testigo sin derramarla. El mártir es quien “ha derramado su sangre con acción de gracias y enviado su espíritu a Dios”²⁶. Sólo los mártires de sangre pueden “estar de pie delante del trono y en la presencia del Cordero, vestidos con vestiduras blancas y llevando *palmas* en sus manos” (Ap. 7:9). El mártir no sólo muere *por* Cristo, sino que muere *como* Él, actualizando una y otra vez los sufrimientos y la muerte de Cristo por todo el mundo. Para finales del primer siglo, el paulino término “santos”, aplicado a todos los fieles, se restringe casi exclusivamente a los mártires, asociando de por vez primera, y durante muchos siglos por venir, santidad y sacrificio y martirio.

El confesor está a un paso del mártir, y este paso no depende de él, sino de las circunstancias que aceleran o retrasan su muerte. Al llegar ésta recibe la *corona* o *palma* de la santidad, pasa a engrosar la fila de los muertos en el acto de confesar

²⁴ Por ejemplo, Donato, a quien Lactancio dedica su *De mortibus persecutorum*, es “ilustre confesor de estos tiempos, que nueve veces padeció tormento en la cárcel...”, pero no es mártir, murió en ella. Y en muchos sentidos, la muerte en el circo era mucho más dulce que los sufrimientos en la cárcel.

²⁵ Eusebio, *Hist. ecl.* V, 2.

²⁶ Clemente de Alejandría, *Stromata*, IV, 21.

su fe, de los mártires en el sentido pleno de la palabra. “He sabido que algunos de entre vosotros han sido ya coronados —escribe Cipriano—, que algunos, asimismo, se hallan próximos a la corona de la victoria y que todos, en fin, los que, formando un escuadrón glorioso, sufrieron la estrechez de la cárcel, están animados por el calor de la misma valentía a librar el combate como han de estar en el campamento divino los soldados de Cristo, de modo que ni los halagos seduzcan la firmeza, ni les venzan los suplicios y tormentos, *porque mayor es el que está en vosotros que el que está en el mundo* (1 Jn. 4:4)”²⁷.

Llegado el tiempo, con el fin de las persecuciones, el prestigio, entusiasmo y admiración por los mártires se transfiere a los confesores, a los que la nueva situación confiere el apelativo de mártires en sentido amplio. Ya no es sólo la efusión de sangre la que caracteriza el martirio, “sino la cotidiana fidelidad del alma”²⁸. Con todo, la tradición mantiene el significado antiguo a lo largo de los siglos. El papa Benedicto XIV (1740-1758), aclarando el tema del martirio escribe que “el deseo del martirio, acompañado a veces de grandes sufrimientos, ha sido muy intenso; tales personas pueden muy bien haber adquirido un mérito semejante al del mártir, pero les ha faltado la aureola del martirio”²⁹.

4. Coronas y palmas

Desde un principio los cristianos son conscientes de que su vida se asemeja a una lucha en la arena de este mundo. El cristiano no es sólo el *homo viator*, como se llegó a popularizar en tiempos posteriores, un *homo gladiator*, un luchador que muere y es coronado en virtud de su fidelidad.

Como atleta corre por la corona incorruptible de la recompensa prometida, que es y corresponde a la vida eterna. Por eso se la llama correctamente “corona de vida” (Stg. 1:12), que no es ganada en balde sino por medio de muchas tribulaciones. “No tengas ningún temor de las cosas que has de padecer”, se dice a los que han de batallar contra enemigos muy superiores en fuerza. “Sé fiel hasta la muerte, y yo te daré la corona de la vida” (Ap. 2:10).

Para alcanzar la corona de “justicia” y “gloria” (2 Tim. 4:8; 1 Pd. 5:4), el cristiano tiene, en primer lugar, que privarse de todo lo que no edifica, y en segundo lugar, seguir las reglas del certamen hasta el final de su combate o carrera (2 Tim. 2:5). Sólo entonces recibirá el premio (Flp. 3:14).

En los primeros tiempos la imagen del combate o la carrera se hace coincidir con la del soldado y el atleta, pero a medida que arrecian las persecuciones, la milicia y la carrera serán equiparadas al martirio, cambiando el estadio por la arena. La corona, así como la palma, se convertirá en un atributo de los mártires gloriosos (Ap. 7:9).

²⁷ Cipriano, *Cartas* 10.

²⁸ Jerónimo, *Carta* 108, 3.

²⁹ Benedicto XIV, *De servorum Dei beatificatione et beatorum canonizatione*, cap. XI.

En los discípulos se cumple lo que se afirma respecto a los apóstoles, a quienes “Dios nos ha exhibido en último lugar, como a condenados a muerte; porque hemos llegado a ser espectáculo para el mundo, para los ángeles y para los hombres” (1 Cor. 4:9; cf. Hb. 10:33). Los cristianos son un espectáculo al mundo incrédulo y a las mismas potestades celestes. “La metáfora está sin duda tomada del lenguaje del anfiteatro, y seguramente hace referencia a los condenados a muerte que eran ejecutados en la arena bajo la mirada atenta del público”³⁰.

Las consecuencias de una vida sometida no sólo a las privaciones, sino a los sufrimientos del martirio, se manifiesta en una ética personal de resistencia y aguante, que durante siglos caracterizará el ideal cristiano de una vida sufrida, llena de negaciones y mortificaciones con vistas a tener dominio del cuerpo y sus apetitos. “Vosotros ¡oh amados de Dios!” —escribe Tertuliano a los creyentes encarcelados por causa de su fe—, “todo cuanto aquí os resulta doloroso tomadlo como entrenamiento, tanto del alma como del cuerpo. Pues lucha fiera tendréis que aguantar”³¹.

“Pero presidente del certamen es el mismo Dios; el juez es el Espíritu Santo; el premio, una corona eterna; los espectadores, los seres angélicos; es decir, todos los poderes del cielo y la gloria por los siglos de los siglos. Además, vuestro entrenador es Cristo Jesús, el cual os ungió con su espíritu. Él es quien os condujo a este certamen y quiere, antes del día de la pelea, someteros a un duro entrenamiento, sacándoos de las comodidades, para que vuestras fuerzas estén a la altura de la prueba. Por esto mismo, para que aumenten sus fuerzas, a los atletas se los pone también aparte, y se los aleja de los placeres sensuales, de las comidas delicadas y de las bebidas enervantes. Los violentan, los mortifican y los fatigan porque cuanto más se hubieran ejercitado, tanto más seguros estarán de la victoria. Y éstos —según el Apóstol— lo hacen para conseguir una corona perecedera, mientras que vosotros para alcanzar una eterna (1 Cor. 9:25). Tomemos, pues, la cárcel como si fuera una palestra; de donde, bien ejercitados por todas sus incomodidades, podamos salir para ir al tribunal como a un estadio. Porque la virtud se fortifica con la austeridad y se corrompe por la blandura”³².

Mediante el recurso a estas metáforas tomadas de la milicia y del deporte, Tertuliano despoja la dura prueba de la cárcel, el tribunal y la final ejecución que suponía para todo ciudadano, expuesto a la vista de los demás como un criminal digno de recibir la peor de las muertes. Arresto, cárcel, torturas, muerte y cualquier otra eventualidad están incluidas en el plan de Dios, forman parte de su dura pedagogía, y, por tanto, no tienen nada de que avergonzarse. El final que a los ojos del mundo resulta en degradación social, en una corona incorruptible de gloria, la palma del triunfo que Dios otorga a los ejercitados en la fe. Ningún poder humano puede hacer nada contra esta nota de victoria que se eleva sobre toda adversidad. En las comunidades cristianas no hay nada más digno que el martirio y la mayor gloria del cristiano es participar en lo que Eusebio llama la “herencia de los mártires” (*kléron tón martyrón*).

³⁰ Juan Antonio Jiménez Sánchez, “El lenguaje de los espectáculos en Patrística de Occidente (siglos III-VI)”, en *Polis*. Revista de ideas y formas políticas de la Antigüedad Clásica, n. 12, 2000, pp. 137-180. www.ub.es/grat/grat41.htm

³¹ Tertuliano, *Ad Martyres*, 3.

³² Tertuliano, *Ad Martyres*, 3.

5. Jesús, testigo y ejemplo de la verdad

En el momento de su juicio ante Pilato, Jesús tuvo la oportunidad de expresar uno de los aspectos de su venida al mundo: “Entonces Pilato le dijo: ‘¿Así que tú eres rey?’. Jesús respondió: ‘Tú dices que soy rey. Para esto yo he nacido y para esto he venido al mundo: para dar testimonio a la verdad. Todo aquel que es de la verdad oye mi voz’” (Jn. 18:37; cf. 14:6; 8:32).

En el agitado mundo de su época, alimentado por esperanzas apocalípticas y mesiánicas que describían la próxima ruina de los enemigos de Israel y el engrandecimiento del pueblo elegido, Jesús entendió que esta visión empapada en odio y resentimiento no podía conducir al Reino de Dios, al cumplimiento de su voluntad, tan deseado por los elementos más piadosos del judaísmo. Era necesario nacer de nuevo, dar lugar a la milagrosa transformación del corazón de piedra en corazón de amor. Al igual que Jeremías vio con una certidumbre trágica la proximidad de la conquista babilónica, Jesús vio cómo el juicio amenazaba a Israel concretado en la espada de Roma. Jesús era consciente del peligro que amenazaba a su pueblo. Ni éste ni sus dirigentes, decía, eran capaces de “interpretar las señales de los tiempos” (Mt. 16:3). Josefo, el historiador judío contemporáneo, confirma el veredicto de Jesús. No hacía mucho que unos galileos habían sido degollados por los soldados romanos debido a una colisión en el templo. Al mismo tiempo, una torre de las murallas de Jerusalén se había derrumbado matando a dieciocho personas. Algunos hicieron sus cábalas tratando de adivinar la providencia divina manifestada en esta tragedia. Jesús les advierte: “¿Pensáis que eran más culpables que todos los demás habitantes de Jerusalén? No, antes os digo que si no os arrepentís, todos pereceréis igualmente” (Lc. 13:1-5). El aviso pasó inadvertido y una generación más tarde sufrió las consecuencias³³. Historiadores y antropólogos modernos se esfuerzan en presentarnos un Jesús en línea con los guerrilleros mesiánicos de su época, posteriormente maquillado por una Iglesia que hizo todo lo posible para eliminar la incómoda tradición de un Mesías violento. Como suele ocurrir en estos casos, se hace un uso selectivo de las fuentes canónicas. Pocos reparan en un hecho significativo, señalado por Dodd: Jesús tenía relaciones amistosas con personas de todos los grupos rivales hebreos. Se mezclaba socialmente con los fariseos (Lc. 7:36; 14:1); y con los publicanos (Mc. 2:14.17; Lc. 19:1-10). Reclutó uno de sus doce ayudantes en el partido zelota (Lc. 6:15). Uno de sus más leales amigos pertenecía al círculo del Sumo Sacerdote (Jn. 18:15). Se mostró contento de conocer a un funcionario romano (Mt. 8:5-13; Lc. 7:1-10). En todo momento Jesús evitó la hostilidad con unos y otros, aunque ésta saltó irremediabilmente. Negó a los fariseos que todos los preceptos de la Ley tuvieran el mismo valor en conjunto; Jesús distinguió entre lo esencial y lo no esencial, señalando con palabras de los profetas que “la justicia, la misericordia y la fe” eran lo más importante de la Ley (Mt. 23:23, cf. Míq. 8:4). Chocó con los saduceos y miembros de la aristocracia sacerdotal al estorbar activamente el empleo de los atrios del templo como lugar de mercado y de cambio (Mc. 11:15-19). Se enemistó con los patriotas al negarse a condenar el derecho del emperador a recibir tributo del pueblo conquistado (Mc.

³³ Cf. C. H. Dodd, *La Biblia y el hombre de hoy*, pp. 107ss. (Cristiandad, Madrid 1973), y *El fundador del cristianismo* (Herder, Barcelona), a qui seguimos de cerca en esta sección.

12:13-17). Facilitó a sus enemigos ser denunciado a las autoridades romanas como agitador político al permitir ser aclamado como libertador e hijo de David, título de claro significado mesiánico (Mc. 11:8-10; Lc. 23:2). Así sucedió que todos los partidos rivales, antes de volver a sus interminables disputas, se pusieron de acuerdo por un momento para darle muerte.

Jesús encontró la oposición en todas partes porque el mal inherente a la situación reaccionó contra la presencia de una bondad que superaba toda medida humana. La aparente virtud, que también podían reivindicar con razón todos los grupos contendientes, estaba mezclada con los más bajos vicios de la naturaleza humana: codicia, rencor, envidia, cobardía, tradición, brutalidad, etc. “Cuando Jesús entraba en escena, toda esta maldad salía a la luz del día” (C. H. Dodd). Leyendo los Evangelios comprendemos que los hombres se presentaban ante Jesús para ser juzgados. En ningún pasaje se ve con mayor claridad que en la historia de su prendimiento, proceso y ejecución. Jesús se halla ante el Sanedrín, ante el rey y el gobernador, pero quienes realmente están sentados en el banquillo de los acusados son Caifás, Herodes y Pilato; los sacerdotes y el pueblo ciego; Judas el traidor y los discípulos cobardes que le abandonaron en el último momento. Ciertamente, con Jesús llegó “el juicio del mundo” (Jn. 12:31).

Testigo de la verdad divina, sufre en su cuerpo las consecuencias de la maldad de los hombres. El dolor sufrido de este modo, voluntariamente y sin queja, se convierte en un medio para sanar del pecado, todo lo cual estaba en la profecía respecto al siervo sufriente de Yahvé anunciado por Isaías (Is. 52:13-15; 53). La suya es la victoria definitiva del bien sobre el mal. Su resurrección y aparición a sus discípulos significó para ellos que los perdonaba por su deserción y que les ofrecía una segunda oportunidad. Entonces nació la Iglesia. No para perpetuar una doctrina, sino la experiencia de una persona que reúne en sí a Dios y al Hombre.

El recuerdo, la memoria de Jesús, alentó a sus discípulos en la misma lucha contra el espíritu del mal inherente a la historia humana. “También Cristo padeció por nosotros, dejándonos ejemplo, para que sigáis sus pisadas, el cual no hizo pecado, ni se halló engaño en su boca; quien cuando le maldecían, no respondía con maldición; cuando padecía, no amenazaba, sino encomendaba la causa al que juzga justamente” (1 Pd. 2:21-23). De aquí sacaron el valor necesario para hacer posible el anuncio evangélico. Ellos “participaban de los sufrimientos” (Flp. 1:29) del Hijo de Dios y resistían al diablo, “estando firmes en la fe, sabiendo que los mismos sufrimientos se van cumpliendo entre vuestros hermanos en todo el mundo” (1 Pd. 5:9). De manera que el mártir no muere por una causa de naturaleza terrena; acepta la muerte “conscientemente como configuración con el sacrificio y muerte de Cristo en su entrega a Dios Padre. El mártir se alegra de su comunidad de destino con la persona de Cristo, en la cual se realiza juntamente con Cristo la entrega al Padre”³⁴. En el martirio el discípulo se asemeja (*assimilatur*) al maestro, que aceptó libremente la muerte por la salvación del mundo, y se conforma a él en la efusión de su sangre como la suprema prueba de amor. Los que dan la vida por confesar el nombre del Señor y soportar todo lo que ha sido predicho por el Señor, dice Ireneo, “se esfuerzan en seguir las huellas de la pasión del Señor, siendo testigos de aquel que se hizo pasible”³⁵.

³⁴ Otto Semmelroth, “Martirio”, 2.a), en *Sacramentum Mundi*. Herder, Barcelona 1961.

³⁵ Ireneo, *Adv. haer.* III, 18, 3.

6. Martirio aceptado, no buscado

Ni en Jesús ni en sus discípulos fue el martirio cuestión de fanatismo o estrategia político-religiosa³⁶. Fue el precio ineludible de su testimonio a la verdad, que por no agradar a la parte de verdad que cada cual tenía se vio atrapado por la hostilidad y malicia de todos. El mártir siempre es víctima del odio de las turbas y del prejuicio de los jueces y magistrados, funcionarios y guardianes de la traición al servicio del poder. El verdadero mártir no busca la muerte ni dar lecciones de valor, aunque llegado el momento lo haga. Para él es suficiente no renunciar a su fe, a su conciencia. La respuesta al martirio es pasiva, es dejar hacer a sus enemigos: interrogatorio, tortura, muerte. No obedece a ninguna estrategia de resistencia ni acción profética en pro de la verdad. No es quemarse a lo bonzo ni protestar pacíficamente ante las autoridades. El martirio sobreviene al creyente, pero no lo busca, tampoco lo rehúye, simplemente porque puesto en la necesidad de negar o afirmar su fe, se decide por lo segundo. De haberle sido posible hubiera convencido a los jueces de su inocencia y salvado su vida si esto no conllevara la negación de su fe. La prueba la tenemos en las numerosas apologías del siglo II, escritos que rezuman de vida, certeza y seguridad en la victoria final de su causa. Sus autores se dirigen a las más altas autoridades con un solo propósito: mostrar la injusticia del castigo a los cristianos como si fuesen criminales, cuando cualquier juez imparcial tiene que admitir que no son culpables de ningún delito.

La posterior teología del martirio apuntará al hecho de la libertad como un dato esencial en el martirio. El mártir no es alguien que tiene que morir, sino que elige morir por la fe cuando llega el caso. En ocasiones es aconsejable huir de la persecución. Muchos de los grandes mártires, como Policarpo y Cipriano, primero escaparon y luego, cuando los apresaron, confesaron su fe. Más tarde, el mencionado papa Benedicto XIV aclara que “el martirio es el sufrimiento o aceptación voluntaria de la muerte por causa de la fe en Cristo” (*voluntariam mortis perpassionem seu tolerantiam propter fidem Christi*).

El martirio supone una corona de gloria para el cristiano en cuanto disposición a soportar el tormento y la muerte en aras de la fe; lo cual prueba la firmeza de su creencia y su compromiso vital con la misma en contraste con la religiosidad pagana. “El cristiano es más capaz de entregar su vida por la fe, que un pagano entregar un pedazo de su manto por sus ídolos”³⁷. El martirio confiere credibilidad y fuerza a la convicción del mártir, pero no es deseable. Es la consecuencia trágica de las fuerzas demoníacas de este mundo que tratan de impedir el conocimiento de la verdad mediante la oposición y la muerte en un acto de injusticia total. “Vuestra crueldad es nuestra gloria”, dice Tertuliano a sus jueces³⁸.

Los dirigentes de las primeras comunidades y los apologetas no alentaron la persecución desatada contra ellos, sino que hicieron todo lo posible por detenerla, protestando por su inocencia y afirmando sinceramente su perplejidad ante la furia perseguidora, en lo que tenía

³⁶ Y mucho menos de atentado contra sus semejantes. El mártir entrega su vida ante los tribunales, nunca la quita ni pone en peligro la del prójimo. De serle posible, de no verse obligado a renunciar a su fe, lucharía por preservar su vida. Su intención no es criminal, sino confesante. Es atacado, no ataca.

³⁷ Orígenes, *Carta a Selsios* 7:39.

³⁸ Tertuliano, *Ad Scapulan* 5.

de injusta por no fundamentada. A ello dedicaron todos sus poderes de persuasión mediante el uso de la lógica y el juicio sano. Que las persecuciones no se detuvieran, si no, por el contrario, aumentasen, no era culpa de ellos, sino del desinterés de los magistrados: “No os preocupáis absolutamente nada de nosotros, a quienes llamáis cristianos y, aunque no cometemos injusticias y nos portemos de la forma más piadosa y justa permitís que se nos persiga, que se nos secuestre y que se nos expulse; que la mayoría nos ataque únicamente por nuestro nombre. Nos atrevemos, sin embargo, a manifestaros lo que nos concierne: nuestro razonamiento os probará que sufrimos injustamente contra toda ley contra toda razón, y os pedimos que examinéis a favor nuestro de que no seamos más víctimas de los delatores”³⁹.

Las razones del odio persecutorio son siempre las mismas, son razones que intentan ocultar intereses particular con falsos pretextos: el orden religioso y civil, o el bien común. En el caso de Jesús, el sumo sacerdote Caifás esgrimió el viejo argumento del interés nacional: “Conviene que un solo hombre muera por el pueblo, y no que perezca toda la nación” (Jn. 11:49-50). No muy diferente en esencia fue la razón del Estado romano persecuidor: mantener el orden civil mediante un vano culto religioso, sustentado por una hipocresía política que los mártires ponían en evidencia al no entrar en el juego de las autoridades imperiales. De esta manera, el cristiano es mirado como elemento perturbador, como destructor del orden religioso y social, de la convivencia ciudadana.

Pero Jesucristo no envió a los suyos a emprender una labor divisoria ni a arrojar a una muerte indiscriminada, solamente previó las consecuencias de un mensaje que conducía a adoptar posiciones ante las viejas costumbres y las tradiciones heredadas, con su retahíla de intereses y privilegios de clase. Las divisiones son previas a la irrupción del mensaje evangélico, están ahí como parte del lote sociocultural, amparadas en el prestigio del hábito y la tradición. La palabra que el cristiano pronuncia obliga a tomar posición, discrimina entre verdades e intereses y revela el corazón de los hombres. El discípulo debe comprender todo esto y aceptarlo valerosamente. “He aquí, yo os envío como a ovejas en medio de lobos: sed pues prudentes como serpientes, y sencillos como palomas. Y guardaos de los hombres, porque os entregarán en concilios, y en sus sinagogas os azotarán; y aun a príncipes y a reyes seréis llevados por causa de mí, por testimonio a ellos y a los gentiles” (Mt. 10:16-19). No debe buscar el martirio por sí mismo. Perseguido en una ciudad ha de huir a otra (v. 23). Ésa es la prudencia, la capacidad de valorar situaciones concretas, sabiendo que contra el mal está siempre en desventaja.

En algunas ocasiones hubo cristianos que, exasperados por una parte, y cansados por otra de aparecer como criminales que rehuían la luz y la justicia, hicieron frente a sus perseguidores sin hacer nada para evitar las consecuencias, sino todo lo contrario. Es el caso de los cristianos de Asia mencionados por Tertuliano a Escápula, procónsul de Cartago. En protesta del modo injusto con que el procónsul Arrio Antonino les trataba, todos los cristianos de la provincia en común acuerdo se presentaron ante el tribunal de su perseguidor. Unos pocos fueron ejecutados, el resto tuvo que soportar la reconvencción mordaz del funcionario: “Desgraciados, si queréis morir, ¿no tenéis bastantes cuerdas y precipicios?”⁴⁰.

³⁹ Atenágoras, *Súplica a propósito de los cristianos*, 1.

⁴⁰ Tertuliano, *Ad Scapulan* 5.

Ignacio de Siria, pletórico por la mística del martirio, ruega a la Iglesia de Roma que no haga nada para impedir su muerte, que acelerará el encuentro con su amado Señor. “Escribo a todas las Iglesias, y hago saber a todos que de mi propio libre albedrío moriré gustoso por Dios, si vosotros no lo impedís. Os exhorto, pues, que no uséis de una bondad fuera de tiempo. Dejadme que sea entregado a las fieras para llegar así a Dios. Trigo soy de Dios, y he de ser molido por las dentelladas de las fieras, para que pueda ser hallado pan puro de Cristo. Antes, atraed a las fieras, para que puedan ser mi sepulcro, y que no deje parte alguna de mi cuerpo detrás, y así, cuando pase a dormir, no seré una carga para nadie. Entonces seré verdaderamente un discípulo de Jesucristo, cuando el mundo ya no pueda ver mi cuerpo”²⁴¹.

La disposición a padecer el martirio y a buscarlo voluntariamente fue adoptada por muchos cristianos en momentos críticos, en especial en la gran persecución que lleva el nombre de Diocleciano. Entonces se dieron casos verdaderamente atrevidos y heroicos al mismo tiempo, como atreverse a interrumpir la ofrenda ritual de los mismos magistrados, exhortando a los presentes a dar culto al único Dios verdadero. Pero no hay que generalizar ni confundir las fechas ni la geografía; y menos creer que era fomentada por los dirigentes de las Iglesias. “Nuestra disciplina nos prohíbe presentarnos espontáneamente ante los tribunales”, responde Cipriano de Cartago al procónsul Galerio Máximo, interesado en saber cuántos presbíteros hay y dónde se encuentran. El obispo Pedro de Alejandría, en los cánones IX y X de su *Epístola Canónica* recrimina el que los cristianos se presenten voluntariamente ante el juez. Esto mismo será igualmente censurado por el *Concilio de Elvira*, canon LX, del año 309.

Digamos que la mística del martirio se dio principalmente en los grupos apocalípticos que ya nada esperaban de este mundo y se atrevían a desafiar a las autoridades esperando de un momento para otro la aparición gloriosa de Cristo Jesús. Tal fue el caso de los montanistas, versión exaltada del cristianismo. Tertuliano, montanista él mismo al final de su vida, aprueba el comportamiento extremado de los provocadores de su propio martirio. Las autoridades de la Iglesia, sin embargo, no vieron con buenos ojos este tipo de acciones e intervinieron para desautorizar el fervor montanista y a cualquiera que provocase la ira de los funcionarios del Estado. Los obispos buscaron por todos los medios —como los apologetas— establecer un acuerdo con los poderes civiles basándose en la inocencia de las prácticas cristianas y la base calumniosa de las acusaciones contra ellas.

Con todo, en momentos de máximo peligro para la continuidad de las Iglesias, con un elevado número de cristianos sometiéndose por miedo a los mandatos imperiales, los mártires que desafían los edictos y hacen frente a los magistrados son saludados como verdaderos héroes que presentan batalla al enemigo en su propio campo. Se puede ver con claridad en los relatos de Eusebio, en especial en los mártires de Palestina.

El menosprecio de los bienes y goces de este mundo, unido a la creencia del encuentro inmediato con su Señor, dieron pie a que entre los romanos —que no distinguían entre grupos cristianos más o menos ortodoxos— se extendiese muy pronto la opinión de que los cristianos eran una especie de suicidas a lo divino. “Mataos todos vosotros mismos y marchad de una vez a vuestro Dios y no nos perturbéis más en nuestros asuntos”, decían

⁴¹ Padres Apostólicos, *Ignacio a los Romanos*, 4.

con sarcasmo. “¿Por qué no se matan esos hombres a sí mismos y nos dejan a nosotros en paz?”, se preguntaban entre sí los jueces. Sólo veían la parte de negación de la negación: el rechazo a sacrificar y apostatar; sin ojos para el aspecto positivo de la creencia: fidelidad a las propias creencias.

Justino no estaba de acuerdo con la falsa deducción de sus jueces. “Que nadie razone en esta forma”, les dice. “Explicaré por qué no hacemos esto y por qué, interrogados, confesamos sin miedo alguno. No en vano hemos aprendido que Dios creó el mundo, sino que lo creó para el género humano, y ya hemos dicho que agradan a Dios los que le imitan y que, por el contrario, le desagradan cuantos de obra o de palabra abrazan lo peor. Si, pues, todos nosotros atentamos contra nuestra vida, seremos, en cuanto de nosotros depende, la causa de que ya no se engendren más hombres ni se instruyan en la divina doctrina, más aún, la causa de que desaparezca la humanidad; obraríamos, pues; contra los designios de Dios si hiciéramos tal cosa. Preguntados, no negamos, porque de ninguna obra mala nos creemos culpables; por otra parte, creemos que es impío no decir en todo la verdad, pues sabemos que el decirla es grato a Dios, y, últimamente, porque os queremos librar de un inicuo prejuicio”⁴².

Otro tanto hará Tertuliano, mostrando la larga nómina de personajes de la historia griega y romana que prefirieron la muerte antes que perjudicar sus creencias, su patria o a sus seres queridos.

7. Razones del perseguidor

El derecho a la libertad de conciencia y a seguir la religión que uno encuentre más afín a sus aspiraciones y a su conciencia es un logro moderno, tan reciente en la costumbre de los pueblos que todavía no es universalmente aceptado. Según la sensibilidad moderna de respeto a todas las creencias, no hay ni puede haber ninguna razón para perseguir y ejercer violencia sobre quienes opten por credos distintos, siempre y cuando no atenten contra las leyes cívicas y sociales. Pero este último elemento se vuelve problemático cuando se aplica a sociedades que mantienen un estrecho maridaje entre religión y política, creencia y sociedad, hasta el punto de su imposible separación práctica. Entonces, cuando uno de los elementos de la vida social —la religión— es trastocado, las autoridades se creen en el derecho de actuar con todo el peso de la ley conforme a las reglas que la sociedad se ha dado a sí misma. El perseguidor, pues, también tiene sus razones, por más que se impugnen o rechacen por la parte contraria. Hay que hablar de *razones* en sentido propio, porque durante siglos los teólogos de manual atribuían la persecución particularmente a un único motivo, a saber, el *odium fidei*: “El martirio —se decía— es sufrimiento voluntario de la condenación a muerte, infligida por odio contra la fe o la ley divina”. Pero la historia nos dice que, aparte de casos individuales, la persecución se desata cuando las autoridades creen invadido su derecho. Esto no era difícil si tenemos en cuenta el carácter religioso de las sociedades antiguas, para las que no existe el concepto de sociedad civil. Política y religión son dos aspectos de una misma realidad social y cultural. Esto explica que los perseguidos se convierten a su vez en perseguidores cuando las circunstancias cambian y acceden al control de la situación. Durante milenios la religión

⁴² Justino, *Segunda Apología*, 4.

ha venido siendo parte integrante de la cultura, política y moral de las naciones, tal como lo vemos hoy en los países islámicos. Ha variado el grado de tolerancia religiosa practicado por unos y otros, los diferentes intentos de solución, pago de un tributo especial para los disidentes, por ejemplo, pero en general no se ha admitido ningún tipo de libertad ni autonomía respecto a cuál debería ser la religión oficial del Estado, con el cual se identifica y al que protege y es protegida.

Las razones de la persecución de que fueron objeto los cristianos por parte de las autoridades judías son más fáciles de comprender que las de la emprendida por los romanos, relativamente tolerantes en materia religiosa. Desde el punto de vista judío, la negación de la observancia de la Ley y de la importancia del templo no sólo era teológicamente escandalosa, sino que equivalía a una apostasía vergonzosa que afectaba tanto a la nación como a la religión. Mientras Pablo fue perseguidor de la Iglesia no había en él mala conciencia de ir contra la razón, las costumbres o la humanidad. Su mismo celo por la Ley exigía el sacrificio del cumplimiento más riguroso. Así se han comportado siempre los inquisidores habidos y por haber, aupados y autorizados por el mismo pueblo que ve en el hereje, en el disidente, un peligro para la sociedad y para la integridad política del Estado.

En el caso de los romanos la situación cambia por completo. El gobierno romano normalmente no se inmiscuía en problemas religiosos y permitía que los residentes no romanos practicasen el culto que les fuese propio, siempre y cuando no afectase al orden público y prestase un reconocimiento formal de los distintivos político-religiosos del Imperio. Más o menos como se comportan hoy todos los gobiernos que reconocen la separación de Iglesia y Estado y toleran toda clase de nuevos grupos religiosos y sectas variopintas siempre y cuando se mantengan en la legalidad vigente. No resulta muy claro por qué los cristianos tuvieron que aparecer a los ojos de los romanos como una superstición maligna. Muchas sectas orientales que florecían en Roma guardaban cierta semejanza con las prácticas y ceremonias cristianas. Y no hay ninguna noticia de que el gobierno imperial se ensañara con ninguna de ellas como lo hizo con el cristianismo.

En un principio las persecuciones contra los cristianos distaron mucho de ser uniformes. La de Nerón fue una reacción puramente local y por una causa ajena a la fe profesada por los cristianos, de manera que ni puede llamarse “persecución”, hablando con propiedad, más bien fue una “estratagema” política para desviar sospechas sobre su persona. Nos son desconocidos los motivos de Domiciano. De hecho sólo sabemos las razones de los cristianos. Sólo ha llegado a nosotros el punto de vista cristiano, salvo algunos documentos paganos, por eso se ha impuesto sólo una de las dos perspectivas posibles, la cristiana. Son muy pocos los que han intentado penetrar en las razones de los perseguidores. Éstos aparecen como seres monstruosos, sádicos, enemigos implacables de la Iglesia por el solo hecho de sus creencias. Ya tendremos ocasión de ver las bases jurídicas de las persecuciones, pero en esta cuestión de las razones podemos deducir de la misma realidad cristiana que dejan entrever los escritos cristianos motivos suficientes para inquietar a las autoridades imperiales, sin disculparlas en absoluto, y menos cuando permitieron que subsistiera una situación de ilegalidad respecto a los cristianos, inocentes a todas luces de los crímenes y abominaciones que se les atribuían.

7.1. *Religión y política*

Los romanos lo veían todo, y de manera particular la religión, bajo una perspectiva política. El juicio y la decisión en el caso de las religiones extranjeras dependían siempre de consideraciones intra y extrapolíticas: tranquilidad y seguridad pública, prestigio del Estado. Los romanos estaban convencidos de la obligación de dar culto a los dioses extranjeros además de a los propios. En todo el Imperio se permitía el ejercicio de las religiones tradicionales de las naciones conquistadas. Los cultos místéricos que venían de Oriente, como los de Isis o Cibele, no encontraron obstáculos legales para propagarse entre el pueblo en los primeros siglos del Imperio.

Pero a diferencia de las religiones tradicionales, el cristianismo tenía una pretensión de exclusividad que no afectaba sólo a las religiones extranjeras, sino al mismo corazón de los dioses de Roma. La intransigencia cristiana frente a las divinidades del Imperio, tildadas de “ídolos y demonios”, fue el punto que les ganó la fama de ateos y criminales. Lo veremos en detalle bajo el epígrafe *La Pax Deorum* o “benevolencia de los dioses”, tan antigua como el origen de la religión romana y resistente a los múltiples cambios políticos, culturales y de interacción con los pueblos conquistados que afectaron a la historia de la religión romana.

Ahora bien, tal como lo veían los romanos, la *impiedad* (*asebeia*), la falta de respeto a los dioses, era un asunto muy serio, pues según era entendido universalmente, el bien público dependía del culto a los dioses. Tal es la queja que se observa en un abogado romano de la época ante la negativa cristiana a rendir honores a los dioses del panteón romano: “Puesto que existe acuerdo general sobre la existencia de los dioses inmortales aunque su esencia y origen sean inciertos, yo no puedo permitir que nadie se arrogue la insolencia de disolver y debilitar nuestra religión, tan antigua, útil y saludable”⁴³.

La religión romana había sido siempre un culto de carácter más nacional que individual. En el ámbito privado, respecto a las creencias personales y a los cultos domésticos, cada cual era libre de escoger sus devociones y practicarlas mediante los ritos que le parecieran más efectivos. La religión pública, por el contrario, se componía de un complejo orden de divinidades, fiestas, ritos e instituciones, controlada por el Estado y obligatoria para todos los ciudadanos, independientemente de sus creencias personales. Los dioses del Estado existían para proteger y engrandecer al pueblo. El deber de todo ciudadano romano era prestarles el debido respeto y reverencia en los ritos prescritos rígidamente por tradiciones inmemoriales. Si esto se cumplía al pie de la letra y sin errores, todo podía marchar bien. La más leve infracción o inobservancia podría acarrear la desgracia sobre la comunidad en conjunto. “Si existe una emoción determinante en la piedad romana” —escribe el profesor Scheid—, “no es otra que la voluntad decidida de asegurar por medio de la observancia escrupulosa de la tradición la salud de la *respublica*, ya que, en tanto en cuanto haga patente su respeto hacia los dioses, la *civitas* tiene garantizado el triunfo”⁴⁴. Se cree que los cristianos, como los filósofos epicúreos, tachados de ateos, ponen en peligro la *salus publica* protegida por el temor y la veneración de los dioses “con el cual se gobierna a los hombres”. A los ojos de los romanos, la negativa

⁴³ Minucio Félix, *Octavio*, VIII, 1.

⁴⁴ John Scheid, *La religión en Roma*, p. XV.

cris­tiana a sacrifi­car ame­nazaba los fun­da­men­tos mis­mos del Imperio, edi­fi­cados sobre la *Pax Deorum*, su pecu­liar ver­sión poli­teísta de Alianza entre el pueblo y los dioses. La rup­tura de esta alianza resul­taba en des­gracia y calamidades. “Por los pecados de los padres tienes que pagar tú, romano, a pesar de tu inocencia, hasta que hayas renovado los amenazados templos y recintos de los dioses, así como las imágenes divinas ensuciadas por el negro humo [...] Los des­deñados dioses han amontonado abundantes des­gracias sobre Occidente”⁴⁵. Con estos precedentes, en los momentos de peligro, los emperadores, en especial a partir de Julio César y Augusto, se dieron a la tarea de renovar la religión antigua que, si en un principio sólo obligaba a los ciudadanos romanos —a los extranjeros no les estaba permitido asistir a su ceremonial— la extensión cada vez mayor de la ciudadanía romana a todos los habitantes del Imperio, obligaba a las minorías religiosas a ofrecer sacrificio público a los dioses de Roma. Negarse a practicar este culto público —que no comprometía interiormente a nadie— equivalía, a ojos romanos, a traicionar la comunidad cívica. La *neglegentia deorum* suponía la derrota militar y demás males de origen divino, tales como epidemias, terremotos y otras catástrofes naturales. Por esta razón los ritos al respecto eran financiados por el Estado y dirigidos por los magistrados como garantía de la salvación de Roma. Negarse a participar en ellos suponía no sólo violar las reglas públicas, sino atraer la des­gracia sobre la totalidad de la comunidad. El historiador Dión Casio (c. 235 d.C.) nos da una idea del programa restaurador del Imperio: “Honra a los dioses por doquier imitando escrupulosamente la manera de los padres, y obliga también a los otros a tal veneración. Odi­a y castiga a aquellos que introducen elementos extraños en el culto a los dioses”⁴⁶. Tras un siglo de cruentas guerras civiles la restauración de la religión de los padres supuso algo así como la *refundación* de Roma en términos religiosos. El fin de las guerras civiles, más que ninguna otra cosa, hizo que los romanos fuesen más receptivos a la abandonada religión de los dioses fundacionales, cuyos templos permanecían abandonados y en estado ruinoso. La paz de Augusto fue para su generación un milagro, que el emperador no dudó en atribuir a la inspiración de su genio divino⁴⁷.

Los romanos nunca tuvieron problemas con las religiones de las respectivas naciones sometidas a su Imperio, cuyos dioses fueron incorporados a su creciente panteón. Los ideólogos de la Roma imperial se aferraron al “destino manifiesto” de su pueblo como hicieron antes y después otros imperios, por lo que cualquier resistencia a la ocupación romana de tierras extranjeras y al ofrecimiento de su *Pax* era interpretada por ellos como una ofensa y un obstáculo en la gran misión histórica de unificar las diversas naciones bajo una sola cultura universal, que se castigaba con todo el peso de su bien entrenada infantería. Los judíos, que no creyeron en el “destino manifiesto” de los romanos ni en la invencibilidad de sus ejércitos, toda vez que sus dioses eran pura creación humana tan perecedera como los materiales de que estaban hechos, plantaron cara al invasor y durante un tiempo les fue posible soñar con la victoria. Ya sabemos que la historia terminó mal para los judíos. Para los romanos fue una victoria total, pues, según Cicerón, “incluso cuando Jerusalén estaba en pie y los judíos vivían en paz con nosotros, la práctica de sus ritos sagrados iba en contra de la gloria

⁴⁵ Horacio, *Carm.*, III, 6, 1-8.

⁴⁶ Dion Casio, *Hist. Rom.*, LII, 36.

⁴⁷ Cf. John Scheid, *La religión en Roma*, p. 134. R. M. Ogilvie, *Los romanos y sus dioses*, pp. 17-18.

de nuestro Imperio”. La exclusividad de Yahvé molestaba terriblemente a los romanos, que nunca cejaron en su empeño de provocar el celo piadoso de los judíos, lo que finalmente desató la tragedia. “Conquistada, reducida a una provincia sometida, convertida en esclava”, Judea “demuestra cuán caro fue eso para los dioses inmortales”. Ésta era la mentalidad del pueblo romano a principios del siglo I. Los cristianos que continuaron a nivel individual la negativa nacional de los judíos de dar culto a los dioses inmortales de Roma, fueron considerados por todos como “enemigos ocultos”, “bárbaros de interior” que ponían en peligro la misma estabilidad del Estado. La obstinación, *obstinatio*, de quemar unos granos de incienso por el genio divino del emperador les resultaba incomprensible e intolerable. Resignado, Galerio confiesa al final de la infructuosa persecución de la que hizo objeto a sus súbditos cristianos que no entiende cómo los cristianos habían abandonado la religión de sus padres: “Por motivos que desconocemos se habían apoderado de ellos una contumacia y una insensatez tales, que ya no seguían las costumbres de los antiguos”. No entendían, ignoraban y les era del todo imposible entender la exclusividad religiosa de los cristianos, cuya fe “atraía a gentes de todo tipo y de los más diversos lugares”, como formando un mundo aparte regido “únicamente por su libre arbitrio y sus propios deseos (*pro arbitrio suo atque ut isdem libitum*)”⁴⁸.

Por esta razón, desde el principio se estableció jurídicamente entre los romanos que los “cristianos no deben existir”⁴⁹, prohibición que sólo fue abolida con los mismos términos por el edicto de Galerio (30 de abril del 311), que puso fin a la gran y última persecución romana: “Deben existir de nuevo los cristianos”⁵⁰. Los perseguidos cristianos protestaban de su inocencia y de su buena voluntad hacia el Imperio elevando oraciones por la salud del emperador, pero las autoridades romanas no podían aceptar estas razones, argumentando que la omisión de culto a los dioses, la *neglegentia deorum*, era un acto delictivo en sí mismo. De ahí que, en contra de toda la praxis jurídica, las autoridades se vieron en la necesidad de castigar una omisión y no una acción penal, que tanto exasperaba a los cristianos por irracional desde el punto de vista jurídico. Se les trataba a ellos, que eran inocentes de la comisión de ningún delito, peor que a los criminales culpables de fechorías. Los cristianos no alcanzaron a entender que no sólo eran condenados por causa de su religión, tachada de *superstitio* (creencia errónea), sino por odio al género humano (*odium humani generis*) y ateísmo (*atheotes*). Los romanos nunca llegaron a comprender que los cristianos se preocupaban sinceramente por el bienestar del Imperio y sus ciudadanos dando culto al Dios único y verdadero, del que no podían renunciar mediante actos considerados idolátricos.

7.2. Moral pública y privada

En lo civil, una de las acusaciones más graves contra los cristianos era el delito de incesto, que podía tener fundamento en algunos casos, debido a la libertad con que algunos se tomaron el “fin de la ley” enseñado por el apóstol Pablo; él mismo se escandaliza de este pecado como de cosa “desconocida entre los gentiles” (1 Cor. 5:1). Sabemos que muchas

⁴⁸ Lactancio, *Mort. persec.*, 34.

⁴⁹ Cf. Ramón Teja, *El cristianismo primitivo en la sociedad romana*. Itsmo, Madrid 1990.

⁵⁰ Lactancio, *Mort. pers.* 34, 4.

sectas proclamaron una total libertad de la ley y se dieron a prácticas obscenas como una prueba de su libertad interior respecto a los mandamientos humanos y las leyes dictadas por el creador malvado de este mundo. Ireneo de Lyon dice que los gnósticos “son los primeros en mezclarse en todas las diversiones que se dan en las fiestas paganas, celebradas en honor de los ídolos. Algunos de ellos no se abstienen ni siquiera de los espectáculos homicidas, que horrorizan tanto a Dios como a los hombres, en que los gladiadores luchan contra las fieras o combaten entre sí. Otros, haciéndose hasta la saciedad esclavos de los placeres carnales, dicen que lo carnal se paga con lo carnal y lo espiritual con lo espiritual. Los hay que se relacionan en secreto con las mujeres que adoctrinan, como lo han reconocido con frecuencia, con otros errores suyos, las mujeres seducidas por ellos y convertidas después a la Iglesia de Dios. Otros, procediendo abiertamente y sin el menor pudor, han apartado de sus maridos, para unirse a ellas en matrimonio, a las mujeres de las que se habían enamorado. Incluso otros, después de unos comienzos llenos de gravedad, en que fingían habitar con las mujeres como con hermanas, han visto, con el transcurso del tiempo, descubierto su engaño, al quedar la hermana embarazada de su supuesto hermano”⁵¹.

Las autoridades judiciales, que no estaban para distinguidos teológicos, atribuían al cuerpo central del cristianismo lo que era práctica común en algunas ramas extremas, minoritarias pero llamativas por sus prácticas contrarias a las costumbres. Sucede en la actualidad cuando a las múltiples y variadas sectas se las mete en el mismo saco de un denominar común de peligrosidad, que, en la mayoría de los casos, no tiene fundamento.

Sea como fuere, en el caso de los cristianos primitivos, los numerosos prejuicios populares jugaron contra ellos, trocando fácilmente la duda en certeza, y el rechazo en condenación.

7.3. Amenaza mesiánica

Otro aspecto que durante los primeros siglos de la era cristiana preocupó al Estado romano fue la amenaza de las expectativas mesiánicas que habían levantado al pueblo judío contra el Imperio y causado grandes bajas y humillantes derrotas. Después de la toma de Jerusalén, Vespasiano mandó buscar a todos los descendientes de David, para que no quedase nadie de la casa real entre los judíos. Los parientes de Jesús se hallaban implicados por el hecho de su descendencia davídica⁵².

El emperador Domiciano, que sentía un terror mórbido ante los judíos y sus profecías mesiánicas⁵³, estaba convencido de que los cristianos conspiraban contra él, ya que al no ser judíos, deberían haber aceptado la religión ancestral romana. Ordenó la ejecución de todos los miembros de la familia de David para impedir así la posibilidad de que se produjera una nueva revuelta judía bajo patronazgo real. Una antigua tradición recogida por Hegesipo, judío convertido, refiere que algunos herejes acusaron a los descendientes de Judas, el hermano del Señor según la carne, de pertenecer a la familia de David y de que estaban emparenta-

⁵¹ Ireneo, *Adv. haer.* I, 6, 3.

⁵² Eusebio, *Hist. eccl.* III, 12.

⁵³ Suetonio, *Vida de los Césares, Domiciano*. Eusebio interpreta teológicamente este temor como “miedo del Cristo que había de venir, igual que Herodes” (Eusebio, *Hist. eccl.* III, 20).

dos con el mismo Cristo. Conducidos ante Domiciano, los nietos de Judas fueron puestos en libertad luego de un breve interrogatorio y después de ver sus manos encallecidas por el trabajo: se consideró que eran simples campesinos de los que no podía temerse peligro alguno. Preguntados por la naturaleza del Reino de Cristo, los nietos de Judas respondieron que “no era de este mundo, y que sería establecido al fin del siglo, cuando vendría en gloria para juzgar a los vivos y a los muertos y a recompensar a todos según sus obras. Con esto, Domiciano no los condenó, sino que, despreciándolos como gente simple, los dejó libres y ordenó que cesara la persecución contra la Iglesia”⁵⁴.

Los temores políticos de Domiciano al mesianismo judío explican que la persecución del siglo II recayera particularmente sobre las Iglesias de Asia, donde se alimentaba una fuerte corriente mesiánica, que esperaba el establecimiento del Reino milenarista de Cristo en Jerusalén. Es natural que las autoridades romanas confundieran el milenarismo cristiano con el celotismo guerrillero judío. Confusión sin fundamento, pero suficiente para las medidas excepcionales adoptadas por el Imperio en la cuestión judía. En estados de guerra la simple sospecha se toma por una cuestión de hecho, sin importar quién pague los “daños colaterales”.

Unos años después, durante el reinado de Trajano, se detuvo, torturó y ejecutó al anciano Simeón, un primo hermano de Jesús y segundo obispo de Jerusalén, acusado de ser miembro de la casa real judía⁵⁵. Esto viene a confirmar históricamente que la familia de Jesús se atribuía la descendencia davídica y se trataba simplemente de un postulado mesiánico. El episodio de Domiciano y Trajano confirma con bastante probabilidad el origen davídico de Jesús. Pablo, aunque ni conoció a Jesús según la carne ni, al parecer, se preocupó de su historia terrena, aprueba y cita la afirmación tradicional de que Jesús había nacido “del linaje de David según la carne” (Ro. 1:3). Noticia que, aparte de la fe de la Iglesia, podía haber recibido personalmente a través de una fuente directa: Santiago, el hermano del Señor, con quien se había encontrado en Jerusalén (Gál. 1:19). Pese al evidente peligro, los parientes de Jesús no niegan su descendencia davídica —lo que hubiera sido absurdo en caso de ser falsa—, sino que especifican el carácter espiritual de la pretensión mesiánica de Cristo. Por otra parte, el hecho de que otros personajes no davídicos hayan sido proclamados mesías sin dificultad demuestra que la familia de Jesús no tenía necesidad de inventar su descendencia de David para justificar el mesianismo de Jesús. El rabí Akiba proclamó a Bar Kochba como Mesías, sin que fuera del linaje de David, y como Mesías fue seguido por una gran multitud en la rebelión contra los abusos e injusticias del emperador Adriano en el año 132 d. C.⁵⁶

A finales de 1951 los beduinos descubrieron un lote de textos, al que siguieron otros en los primeros meses del año siguiente, que se encontraban escondidos en las cuevas de Wadi Murabba`at y Nahal Hever. Entre los documentos fueron halladas algunas cartas de Bar Kochba, que nos ofrecen una imagen menos negativa que la ofrecida por sus detractores tanto judíos como cristianos.

⁵⁴ Cit. por Eusebio, *Hist. ecl.* III, 20, 1-6.

⁵⁵ Eusebio, *Hist. ecl.* III, 32.

⁵⁶ Cf. Eusebio, *Hist. ecl.* I, 7; Yigael Yadin, *Bar-Kokhba. The rediscovery of the legendary hero of the last Jewish revolt against Imperial Rome* (Londres 1971); Domingo Cosenza, *Jesús, el profeta de Galilea*. www.geocities.com/domingocosenza/yes-hua/jesus00.html

8. Milenaristas y entusiastas

El mismo hecho de la persecución llevó a exaltar el martirio, como una muestra de desprecio por las autoridades que tan injusta y cruelmente se comportaban con ciudadanos inocentes. La insistencia en la búsqueda del martirio mediante la provocación a las autoridades del Estado está relacionada con la creencia en el inminente retorno de Cristo. En los últimos años del imperio de Marco Aurelio, hacia el 172, en el Asia oriental, esta esperanza adquirió una forma nueva, haciendo coincidir la esperada era de justicia y de gloria milenarias con la venida del Consolador prometido en la persona de Montano. La instauración sobre la tierra de la Jerusalén celestial, cuyas murallas ya habían podido verse con la aurora durante cuarenta días, marcaría ese momento. Sería edificada en una comarca de Frigia, desconocida hasta entonces, la llanura de Pepusa. Las doctrinas de Montano levantaron el entusiasmo de las masas. Sorprende la rapidez con que la nueva doctrina se extendió por el mundo y la apasionada atención que despertó en todas partes, si bien encontró la viva oposición de Apolinar, obispo de Hierápolis a partir del 171⁵⁷. Tertuliano será ganado para la causa del montanismo hacia el 207. Es el partido de los mártires y de los exaltados. Montano no estaba solo. Eusebio menciona a un tal Judas que escribió sobre las setenta semanas de Daniel, haciéndolas terminar el año último del reinado de Severo, es decir, el 203. “Pensaba que la parusía del Anticristo, de que todo el mundo hablaba, estaba llegando; hasta tal punto turbaba la violencia de la persecución a la mayoría de los espíritus”⁵⁸.

Hipólito refiere en su *Comentario sobre Daniel* la historia reciente de un obispo sirio que salió al desierto acompañado de su comunidad al encuentro del Señor; y la de un obispo del Ponto que anunciaba que el Juicio final tendría lugar al año siguiente, según ciertas revelaciones recibidas en visión.

9. Literatura martirial: historia y leyenda

Las primeras relaciones de martirio fueron redactadas en forma de carta. Una Iglesia contaba minuciosamente a otra la heroicidad de los suyos. Por ejemplo, la carta de la Iglesia de Esmirna dirigida a otras Iglesias relatando el martirio de su obispo Policarpo y sus compañeros. Unos veinte años después, la Iglesia de Lyon escribe a sus hermanos de Frigia dando a conocer el comportamiento de un numeroso grupo de mártires de su ciudad. Estas cartas eran leídas públicamente en las reuniones cristianas.

Surgió además el deseo de procurarse una relación fidedigna de los interrogatorios y de las respuestas de los mártires. Gracias al escrupuloso espíritu jurídico romano, en ningún tribunal faltaban los *notarii* que recogían taquigráficamente todos los actos del proceso, señaladamente en el interrogatorio, por medio de *notae* o signos de abreviación. Luego se traducían a escritura vulgar, y así pasaban las piezas a los archivos judiciales. Esto llevó a los creyentes a copiar las actas de los mártires, tal como constaban en los archivos oficiales. A estas *actas proconsulares* añadían el testimonio de los testigos que hubieran estado presentes

⁵⁷ Cf. Eusebio, *Hist. ecl.* V, 16, 1.

⁵⁸ Eusebio, *Hist. ecl.* VI, 7.

durante el interrogatorio y la sentencia. Si era preciso las comunidades cristianas pagaban una buena cantidad por la copia exacta de las actas proconsulares, que ordinariamente eran breves, esquemáticas, redactadas en forma convencional según el estilo original de preguntas y respuestas, pero de inmenso valor. Por eso son conservadas y transmitidas con fervor. Se pasan de una comunidad a otra. Solían leerse en los actos litúrgicos que conmemoraban el aniversario del martirizado. Surge así la *literatura martirial* de los siglos II y III.

Cartas y actas irán encabezadas por una breve introducción y seguidas de una sucinta relación del martirio, o sea, de la ejecución de la sentencia. Se valora la actitud de los mártires ante los tribunales, en los tormentos y en la muerte; su superioridad religiosa sobre los perseguidores; su inquebrantable fidelidad, su constancia y la certeza de la salvación. Tendían a la instrucción edificante de los creyentes y fomentaban la veneración piadosa de los testigos de la fe.

Con el paso del tiempo se fue acumulando una abultada colección de escritos martiriales en parte históricos y en parte legendarios. Son poquísimas las actas auténticas que tenemos, debido principalmente al edicto de Diocleciano que ordenó la entrega y la destrucción de los libros sagrados de los cristianos, entre los que se encontraban las actas dado el valor ejemplarizante que les otorgaban las Iglesias. Las únicas actas verídicas y ajustadas a los hechos no pasan de la media docena: las *Actas de Justino y sus compañeros*; las *Actas de los mártires escilitanos* —el primer documento histórico más antiguo de la Iglesia africana— y las *Actas proconsulares de San Cipriano*, correspondientes al doble juicio que condenó al obispo de Cartago al destierro y al año siguiente a la muerte. A éstas tendría que reservarse el nombre de *Actas de los mártires (acta o gesta martyrium)*. Se caracterizan por la sobriedad de los hechos y la corrección del diálogo entre el juez y el acusado, sin que se apostrofen mutuamente como se ve de ordinario en los relatos no auténticos.

Un segundo grupo literario son relatos compuestos a base de recuerdos de los testigos presenciales, o al menos contemporáneos. Su valor histórico es relativo. Se les conoce por *passiones* o *martyria*. A ese género pertenece el *Martirio de Policarpo*, la más antigua y con mayor valor histórico, obra de un testigo ocular, Marciano, redactada en vistas a la celebración del aniversario de la muerte del obispo de Esmirna, y las *Actas de los mártires de Lyon*, que narran el martirio de Pontino y numerosos compañeros, entre ellos Attalus, Sanctus y Blandina. En su redacción se aprecia la reacción contra las tendencias montanistas. Por el contrario, las *Actas de Perpetua y Felicidad*, manifiestan el espíritu montanista. Es el documento más conmovedor que nos ha llegado del tiempo de las persecuciones.

Un tercer grupo abarca las leyendas de mártires compuestas mucho después del martirio, sin la asistencia de testigos oculares ni de documentos de archivo y por consiguiente sujetos a varios tipos de manipulación editorial. En ellas se mezcla la fantasía y la verdad. Los datos son ciertos en lo substancial, pero adornados con hechos sobrenaturales. Realmente pertenecen a un género primitivo de *romances* escritos alrededor de unos pocos hechos reales más semejantes a las primitivas *novelas* piadosas que a la historia. Tales son las actas de los mártires romanos Santa Inés, Santa Cecilia, Santa Felicidad y sus siete hijos, San Hipólito, San Lorenzo, San Sixto, San Sebastián, Santos Juan y Pablo, Cosme y Damián. También el *Martyrium S. Clementis* y el *Martyrium S. Ignatii*.

La historia de Felicidad y sus siete hijos, por ejemplo, parece ser una versión cristiana de un relato contenido en los libros de los Macabeos respecto a siete hermanos judíos apresados junto con su madre y obligados a renegar de sus creencias (2 Mac. 7:1-20). Otros romances simplemente son fruto de la imaginación del autor, auténticas novelas para consumo piadoso que, desafortunadamente, fueron tomadas posteriormente como historia, como el caso de la leyenda de Barlaam y Josafat, adaptación cristiana de la historia de Buda. La historicidad de estos documentos es de poco o ningún valor. Propiamente son romances escritos alrededor de unos pocos hechos reales, que se han preservado en la tradición popular o literaria, o nada más que puras obras de la imaginación de hechos irreales. Por ejemplo, las “actas románticas” de Dídimo y Teodora, que fue salvada de un castigo peor que la muerte; o Antonina y Alejandro, doncella procedente de Tracia liberada por el joven soldado Alejandro, que paga con grandes suplicios su acto. Antonina, entonces, sin pensar en su seguridad, valientemente regresa para compartir con su salvador la corona del martirio. Ficciones literarias todas ellas, escritas con la intención de edificar moralmente y no de engañar al lector. Novelas tempranas que con el paso del tiempo fueron tomadas, desafortunadamente, como historia.

Eusebio, el famoso historiador eclesiástico y testigo ocular de los padecimientos sufridos por los cristianos de su región, reunió una valiosa recopilación de actas martiriales que mencionaba en el prefacio del V libro de su *Historia eclesiástica*, pero desgraciadamente esta fuente se ha perdido. Pero no es tan malo como podría ser. Un resumen de la mayoría de estas actas se encuentra en su *Historia eclesiástica*, a la que hay que añadir su relato sobre *Los mártires de Palestina*, cuya traducción transcribimos en su lugar correspondiente.

No obstante las dificultades que los documentos sobre el martirio presentan al historiador, se han hecho trabajos importantísimos de investigación y examen científico de los mismos, en los que han participado católicos y protestantes: O. von Gebhardt⁵⁹, De Rossi, M. Aubé⁶⁰, Pío Franchi de Cavalieri, Edmond-Frederic Le Blant⁶¹, Frederick C. Conybeare⁶², Adolf Harnack⁶³, Paul Allard, J. Leclercq y, sobre todo, Hippolyte Delehaye⁶⁴. Gracias a la ingente labor crítica realizada por los bolandistas⁶⁵ desde hace siglos en el campo de la hagiografía es ya posible ponderar los textos de carácter hagiográfico como documentación

⁵⁹ *Acta Martyrum Selecta. Ausgewählte Märtyrer-acten und andere Urkunden aus der Verfolgungszeit der christlichen Kirche.* Berlín 1902.

⁶⁰ *Histoire des persécutions de l'Eglise jusqu'à la fin des Antonins* (París, 1875); *Histoire des persécutions de l'Eglise. La polémique païenne à la fin du IIe siècle* (París, 1878); *Les Chrétiens dans l'Empire romain de la fin des Antonins au milieu du IIIe siècle (180-249)* (París, 1881).

⁶¹ Les actes des martyrs. Supplément aux Acta sincera de dom Ruinart, *Mémoires de l'Académie des Inscriptions et Belles Lettres* 30 (París, 1882); *Persécuteurs et Martyrs.* París 1893.

⁶² *The Armenian Apology and Acts of Apollonius, and Other Monuments of Early Christianity.* Londres 1894.

⁶³ *Des heiligen Irenäus Schrift zum Erweise der apostolischen Verkündigung* (Leipzig, 1908, 2 ed.); *Die Chronologie der altchristlichen Litteratur bis Eusebius* (2 vols. Leipzig, 1897, 1904).

⁶⁴ *Cinq leçons sur la méthode hagiographique* (Bruselas, 1934); *Les légendes hagiographiques* (Bruselas, 1955, 4 ed.); *Les passions des martyrs et les genres littéraires* (Bruselas, 1966, 2 ed.).

⁶⁵ Orden religiosa que recibe su nombre del jesuita Jean Bolland (m. 1665), dedicada a la hagiografía desde hace más de 350 años (www.kbr.be/~socboll). Cf. Hippolyte Delehaye, *The Work of the Bollandists through three Centuries, 1615-1915* (Princeton University Press, Princeton 1922); P. Peeters, *L'oeuvre des Bollandistes* (Bruselas, 1968, 2 ed.). Son importantísimos la trilogía bolandista: *Bibliotheca Hagiographica Latina*; *Bibl. Hagiographica Graeca* y *Bibl. Hagiographica Orientalis* y los estudios monográficos publicados en *Subsidia hagiographica*.

histórica. Aplicando el método hagiográfico de Hippolyte Delehaye al estudio de las *Acta Martyrum*, se puede extraer, debidamente tamizada, una preciosa información que, a menudo, no se documenta en ninguna otra fuente. Así, discerniendo las actas martiriales históricas de aquellas que no lo son mediante la cronología, la homonimia, así como otras variables, se obtienen datos importantes que amplían nuestro conocimiento de la historia del cristianismo primitivo y de su contexto imperial.

En el plano de la vida interna de la Iglesia, la literatura martirial jugó un papel principal en la formación de la espiritualidad y conciencia cristianas. La lectura de sus historias llevó a muchos jóvenes al anhelo de morir por causa de la fe, como aquella niña Teresa de Ahumada, más conocida por Santa Teresa, que abandonó su casa para ir a morir a tierra de infieles después de haber leído estos relatos. Durante siglos la lectura de las populares *vidas de santos* y mártires fue el equivalente a las novelas modernas, y ejercieron una poderosa influencia en el espíritu de sus lectores⁶⁶. Los mártires, rodeados desde el principio con la aureola de la santidad, aparecen siempre con rasgos casi divinos y sobrenaturales. Sus vidas son un continuo milagro en medio de prolongadas torturas, multiplicadas para hacer resaltar el prodigio y fortaleza del mártir. En algunos casos la fantasía piadosa se desborda y ofrece aspectos entre truculentos y fabulosos, como aquel San Lamberto que anduvo con la cabeza cortada 40 kilómetros después de muerto. O el tan traído y llevado Dionisio el Areopagita, el converso de Pablo en Atenas (Hch. 17:32-34), apóstol de las Galias que fue decapitado, y que con la cabeza desprendida entre sus manos se encaminó hacia el lugar que todavía hoy lleva su nombre: Saint-Denys (Francia), donde la dejó en el suelo y expiró. Con mucha frecuencia las pasiones de los mártires presentan al emperador como juez, algo rarísimo en verdad, y a veces actúan como perseguidores emperadores que jamás lo fueron, como Alejandro Severo y Numeriano, o aparece Diocleciano juzgando a los mártires romanos, a pesar de que casi nunca estuvo en Roma.

BIBLIOGRAFÍA

Concepto del martirio

E. L. Hummel, *The concept of martyrdom according to St. Cyprian of Cartage*, Washington 1946.

H. Von Campenhausen, *Die Ideedes Martyriums in der Alten Kirchen*. Gotinga 1964.

Martín Ibarra Benlloch, “Diferencia de pareceres entre Lactancio y Eusebio de Cesarea en torno a la muerte voluntaria del cristiano en testimonio de su fe”, en *Anuario de Historia de la Iglesia*, núm. 3, 1994, pp. 95-108.

Maurice M. Hassatt, “Martir”, en *The Catholic Encyclopedia*. Encyclopedia Press, New York 1901. Hay versión electrónica.

Otto Semmelroth, “Martirio”, en *Sacramentum Mundi*. Herder, Barcelona 1961.

P. Molinari, “Mártir”, en *Diccionario de Espiritualidad*. Herder, Barcelona 1984.

R. Fisichella, “Martirio”, en *Diccionario de Teología Fundamental*. Paulinas, Madrid 1992.

W. Brian Shelton, *Martyrdom and Exegesis in Hippolytus: An Early Church Presbyter's Commentary on Daniel*. Paternoster, Exeter 2008.

⁶⁶ Cf. Aviad Kleinberg y Jane Marie Todd, *Flesh Made Word: Saints' Stories and the Western Imagination*. Harvard University Press 2008.

Actas de los mártires y hagiografía

Actas de los mártires, editadas por D. Ruiz Bueno. Ed. Católica, Madrid 1956.

Acta primorum martyrum sincera & selecta. Edición y estudio de Thierry Ruinart, 1 ed. en París 1689 (1859 en Ratisbona).

Actes des martyrs d'Orient. Traducción del siríaco por F. Lagrange. Alfred Mame et Fils, Tours 1879, 2ª ed.

Alison Elliott, *Roads to Paradise. Reading the Lives of the Early Saints*. University Press of New England, Hanover 1987.

Fray Justo Pérez de Urbel, *Los mártires de la Iglesia. Testigos de su fe*. AHR, Barcelona 1956.

H. Quentin, *Les martyrologes historiques au moyen Age*. París 1908.

Hippolyte Delchaye, *Les Légendes hagiographiques*. Bruselas 1927, 3ª ed (trad. inglesa: *The Legends of the Saints: An Introduction to Hagiography*. University of Notre Dame Press 1961). Edición electrónica: www.fordham.edu/halsall/basis/delechaye.html

James Bridge, "Actas de los Mártires". *The Catholic Encyclopedia*. Encyclopedia Press, New York 1901.

Melchor de Pobladora, "Hagiografía", en *Gran Enciclopedia Rialp*, vol. XI, 529-535. Rialp Madrid 1971.

René Aigrain, *L'hagiographie. Ses sources, ses méthodes, son histoire*. Bloud & Gray, París 1953.

Serafino Prete, "Acta Martyrum", en *Gran Enciclopedia Rialp*, vol. I., 151-154. Rialp Madrid 1971.

Thomas Noble y Thomas Head, eds., *Soldiers of Christ: Saints and Saints' Lives from Late Antiquity and the Early Middle Ages*. Pennsylvania State University Press 1994.

Razones del perseguidor

J. Bayet, *La religión romana: historia política y psicológica*. Madrid 1984.

John Scheid, *La religión en Roma*. Ediciones Clásicas, Madrid 1991.

José Montserrat Torrents, *El desafío cristiano. Las razones del perseguidor*. Anaya-Muchnik, Madrid 1992.

Mar Marcos, "Ley y Religión en el Imperio Cristiano", *Ilu. Revista de Ciencias de las Religiones*. Anejos 2004, XI, pp. 51-68. Hay edición electrónica.

Philip Schaff, "Causes of Roman Persecution", en *History of the Christian Church*, vol. cap. II, 15.

R. L. Wilken, *The Christians as the Romans Saw Them*. New Haven, Londres 1984.

Raúl González Salinero, *Las persecuciones contra los cristianos en el Imperio romano. Una aproximación crítica*. Signifer Libros, Madrid 2005.

Robert O. Ogilvie, *Los romanos y sus dioses*. Alianza Editorial, Madrid 1995.

Stewart Perrowe, *Caesar and Saints*. Hodder and Stoughton, Londres 1962.

2. Mártires antes del cristianismo

1. De Abel a los profetas

Los primeros cristianos rechazados y perseguidos por sus compatriotas leyeron las Escrituras con nuevos ojos para encontrar en ellas palabras de consuelo, pero también directrices y ejemplos que avalaran su resolución ante la muerte por causa de la fe. Y encontraron que el martirio estaba ya esbozado en la antigua Alianza en figuras como los profetas y los tres jóvenes, Sadrac, Mesac y Abed-nego, castigados en Babilonia a ser arrojados a un horno de fuego por negarse a adorar la estatua del rey Nabucodonosor.